

# Hacia la reflexión filosófica por medio de la investigación del crimen:

## Una experiencia de pedagogía filosófica a partir de Sherlock Holmes

Diego Antonio Pineda R.(\*)

**Resumen:** En el artículo se propone mostrar la dimensión filosófica de los relatos que escribió Arthur Conan Doyle sobre Sherlock Holmes, abordando algunos asuntos filosóficos para los cuales la lectura de los relatos de Holmes constituye un aporte interesante. Por otra parte, se quiere mostrar cómo dicha indagación hace parte de un proyecto más amplio de pedagogía filosófica, en el cual, en orden a buscar nuevos caminos de acceso a la reflexión filosófica, se recurre a cierto tipo de textos literarios que, a la vez que contienen una estructura de indagación, suscitan la posibilidad de plantear problemas filosóficos en un lenguaje que resulta más apropiado incluso que el que ofrecen los tradicionales recursos de la prosa filosófica, para este caso la lectura de la literatura policiaca resulta útil en la formación filosófica de una persona, pues desarrolla una serie de habilidades y aptitudes que son un excelente complemento a una formación rigurosa del pensamiento, ya que ponen el énfasis en una serie de estrategias mentales (como la observación, las diversas formas de razonamiento, la intuición, etc.) que a menudo están ausentes de la formación filosófica.

**Palabras clave:** Investigación, pedagogía, ciencia, literatura y filosofía, Sherlock Holmes

**Abstract:** This article intends to show the philosophical dimension of the stories that wrote Arthur Conan Doyle about Sherlock Holmes, addressing some philosophical issues for which reading the Holmes stories is an interesting contribution. Moreover, the paper show how this inquiry is part of a larger project of teaching philosophy, in which, in order to seek new avenues of access to philosophical reflection, it resorts to some kind of literary texts, at the time that contain a structure of inquiry, give the possibility of raising philosophical problems in a language that is even more appropriate than that offered by traditional resources of philosophical prose; in this case the reading of literature is useful in philosophical teaching of a person, then develops a series of skills and abilities that are an excellent complement to a rigorous training of thought, since the emphasis is placed on a range of mental strategies (such as observation, various forms of reasoning, intuition, etc.), which are often absent from the philosophical training.

**Key words:** research, education, science, literature and philosophy, Sherlock Holmes

(\*) Profesor Asociado Facultad de Filosofía Pontificia Universidad Javeriana (Bogotá). Trabajo presentado en el *Encontro Internacional "Filosofia e Educacao"*, organizado por la Universidad de Brasilia en el mes de junio de 2001. Fue publicado parcialmente (en portugués) en el libro de KOHAN, Walter (comp.): *Ensino de Filosofia. Perspectivas*, Belo Horizonte, Autentica Editora, 2002, pp. 97-117.

*Los amigos de Sherlock Holmes se alegrarán de saber que vive todavía y que, fuera de algunos ataques de reumatismo que de cuando en cuando le traen derrengado, goza de buena salud. Lleva muchos años viviendo en una pequeña granja de las Tierras Bajas, a diez kilómetros de Eastbourne, y allí distribuye sus horas entre la Filosofía y la Agricultura.*

Watson, al comienzo de *Su última reverencia en el escenario*

*El estilo hace exigencias, expresa su propio sentido sobre lo que importa. La forma literaria no es separable del contenido filosófico, sino que es en sí parte del contenido; una parte integral de la búsqueda y la afirmación de la verdad.*

*Pero esto indica también que puede haber algunas visiones del mundo y de cómo vivir en él —especialmente aquellas visiones que resaltan la sorprendente variedad del mundo, su complejidad y su misterio, su belleza imperfecta— que no pueden expresarse total y adecuadamente en el lenguaje de la prosa filosófica convencional, un estilo notoriamente plano y carente de asombro, sino en un lenguaje y en formas que sean a su vez más complejos, más alusivos, más atentos a los particulares. Quizás tampoco sea posible hacerlo utilizando la estructura expositiva que se usa convencionalmente en filosofía, la cual se propone desde un principio establecer algo y lo hace sin sorpresa, sin incidentes; habría más bien que hacerlo en una forma que implique ella misma que la vida contiene sorpresas significativas, que nuestra tarea, como agentes, es vivir como buenos personajes en un buen relato, preocupándonos por lo que sucede, poniendo nuestros recursos a operar cuando confrontamos algo nuevo. Si se pueden tener en cuenta estas nociones en la conformación de la verdad, si son nociones que la búsqueda de la verdad ha de tener en cuenta en su camino, entonces este lenguaje y estas formas tendrían que ser incluidas dentro de la filosofía.*

Martha Nussbaum

## I

**L**a aventura del fabricante de colores retirado, uno de los 56 cuentos que hacen parte de los diversos relatos escritos por Sir Arthur Conan Doyle sobre su inmortal detective, comienza con estas palabras:

Sherlock Holmes estaba aquella mañana de humor melancólico y filosófico. Su naturaleza, siempre despierta y práctica, se hallaba sujeta a esta clase de reacciones.

— ¿Le vio usted a ese hombre? —me preguntó.

— ¿Se refiere al anciano que acaba de salir?

— A ese mismo.

— Sí, me crucé con él en la puerta.

— ¿Qué impresión le produjo?

— La de un hombre patético, fútil, vencido.

— Exactamente, Watson. Patético y fútil. Pero, ¿no es la vida una cosa patética y fútil? ¿No es su historia un microcosmos de la historia toda? Alcanzamos. Apresamos. ¿Y qué queda al final en nuestras manos? Una sombra. O, peor aún que una sombra: el dolor<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Cito los textos de Conan Doyle de la edición de las *Obras completas* de Sherlock Holmes publicadas recientemente en español (febrero de 2000) por la Editorial Óptima de Barcelona en cuatro tomos. Como los tomos no están numerados ni el orden en que están publicados los relatos se atiene a un criterio suficientemente explícito, en adelante citaré estos textos nombrando en primer lugar el nombre del relato, seguido del nombre de la colección de relatos de que hace parte y del número de la página de donde se cita. Así, por ejemplo, la

El lector desprevenido de una historia policiaca, aquel que sólo busca en el relato una forma de “matar el tiempo”, el que sólo le interesa en estos relatos la aventura o la resolución pronta del misterio que se sucede en ellos, seguramente no encontrará en pasajes como este (del que, por otra parte, se encuentran plagadas las historias policiacas de Conan Doyle) más que una interrupción del relato o, acaso, una intromisión innecesaria de “arrebatos metafísicos” de un detective que debería dedicarse de modo exclusivo a la solución de problemas prácticos; y seguramente, también, se sentiría tentado a eliminar pasajes como estos del texto al que se ha acercado<sup>2</sup>.

Para quien, por el contrario, se acerca a estas historias con intereses intelectuales más amplios y es capaz de ver en ellos el acceso a problemas de más hondo contenido, para aquel que es capaz de mirar las cosas con “ojos filosóficos”, textos como el que acabamos de citar le resultarán sumamente sugerentes como una forma valiosa de plantearse problemas filosóficos de diversa índole. ¿Qué querrá decir, por ejemplo, aquello de estar “de humor melancólico y filosófico”? ¿qué sentido tiene el utilizar el calificativo “filosófico” para describir un estado de ánimo?, ¿qué concepción de la filosofía y del trabajo filosófico hay detrás de frases como ésta? ¿Cómo puede uno explicar que en un temperamento inclinado hacia la solución de cuestiones prácticas se den estas fluctuaciones, tan frecuentes en Holmes, estas reacciones que lo llevan al decir de Watson, “de una languidez extrema a una energía devoradora”? ¿Por qué afirmar, como lo hace Holmes que la vida es cosa “patética y fútil”, que cada vida, y cada historia particular, es un microcosmos de la historia toda, o que lo único que queda en nuestras manos, al final de todas nuestras preocupaciones, es el dolor?

Quien se acerca a Holmes con intereses filosóficos encontrará en él no sólo un talante filosófico, sino muchas cosas más: una compleja filosofía de la vida, en donde tienen lugar tanto el sentimiento trágico de la existencia como un lugar para la esperanza; una serie de reflexiones muy sugerentes sobre los procedimientos y estrategias de la investigación, sobre el trabajo del artista y la dimensión estética del trabajo científico, sobre cuestiones de ética personal o profesional, e incluso una muy afinada reflexión epistemológica.

No pretendo con lo anterior decir, sin embargo, que Holmes sea un filósofo. No lo es, ciertamente, por lo menos en el sentido en que solemos comprender esta palabra. No se trata, por ejemplo, de alguien que construya teorías sobre el mundo, Dios, el hombre, la sociedad, el conocimiento o las formas válidas de razonamiento o de acción recta. Tampoco alguien que se dedique, como tarea fundamental, a elaborar conceptos o a discutir las ideas filosóficas de los grandes pensadores de Occidente. Ni siquiera una persona que se ocupe en refinadísimos análisis acerca del uso o significado de un término o de la forma en la cual ciertas conclusiones pueden derivarse legítimamente de ciertas premisas. No es,

anterior cita es del relato *La aventura del fabricante de colores retirado*, pertenece a la colección publicada bajo el título *El archivo de Sherlock Holmes*, y el texto citado es de la página 363.

2 A tal tentación, por ejemplo, han sucumbido los editores de la Editorial Porrúa, que, en su edición de *Las aventuras de Sherlock Holmes*, han suprimido multitud de pasajes de los relatos originales, e incluso han cambiado arbitrariamente los nombres de varios de los cuentos y novelas de Conan Doyle.

pues, un filósofo al estilo de Platón, Aristóteles, Descartes, Kant, Heidegger o Wittgenstein. Llamarlo “el detective-filósofo”, como lo han hecho algunos autores, no deja de ser, pues, una exageración.

Sherlock Holmes es, sobre todo, un hombre práctico. Y su tarea es una tarea eminentemente práctica: la investigación del crimen, un asunto que, por lo menos en principio, parece completamente ajeno al trabajo del filósofo. Sin embargo —y éste es el punto que quiero resaltar, y en el que quiero insistir a lo largo de este ensayo—, cuando uno se dedica a observar con detenimiento cualquiera de los casos criminales que se someten a su examen, no puede menos que sorprenderse por lo menos de dos cosas que resultan valiosas para el filósofo: en primer lugar, la forma como, a partir de un caso criminal, se va elevando hacia consideraciones teóricas cada vez más generales, dándole a sus procedimientos y conclusiones un tono filosófico que inicialmente el lector desprevenido no había logrado captar; en segundo término, la multitud de tesis filosóficas de todo tipo y a propósito de problemas de diversa índole (epistemológicos, metafísicos, lógicos, éticos, estéticos, etc.) que se van elaborando en el curso de la investigación de un caso criminal o como resultado de la multiplicidad de intereses intelectuales que se entretajan y combinan en su peculiar personalidad.

Lo que pretendo afirmar no es, entonces, que Holmes sea un detective que, ocasionalmente y bajo ciertas circunstancias, se ocupe de asuntos filosóficos, sino que su modo particular de abordar los problemas que somete a investigación lo van conduciendo poco a poco hacia interrogantes semejantes a los que abordamos quienes nos ocupamos en el trabajo profesional de la filosofía. El modo en que nuestro detective llega al planteamiento de problemas filosóficos resulta ser, entonces, una consecuencia natural de su forma de abordar los casos sobre los que investiga. No es por ello extraño que, aunque, en sus primeros casos, insista en que no le interesa más que adquirir conocimientos útiles, defienda con mucha fuerza el valor del razonamiento lógico; y que, con el tiempo, consagre su vida al estudio de la filosofía, tras su retiro a una pequeña granja a diez kilómetros de Eastbourne.

El hecho de que sus investigaciones tomen un carácter cada vez más filosófico obedece por lo menos a dos razones básicas. La primera de ellas es una necesidad práctica, pues su labor, eminentemente práctica, de investigador del crimen, lo conduce permanentemente a la elaboración de teorías en términos de las cuales pueda dar razón del conjunto de hechos que conforman un caso criminal. La posibilidad de elaborar teorías coherentes y suficientemente comprensivas, que den cuenta de un modo suficiente de los hechos del caso, es una condición de éxito para su investigación. Para él, de poco o nada sirven los hechos conocidos si, sobre la base de ellos, no podemos construir una teoría correcta que los ponga en relación y los explique satisfactoriamente. Lo que hace exitosa una investigación policiaca es precisamente la capacidad de construcción teórica de quien la emprende; y, por ello, cuando critica a los detectives de Scotland Yard, lo que más subraya es su poca capacidad teórica, su apego a las comprensiones de sentido común, pues ello suele conducirlos a lugares comunes y a que se engañen con frecuencia por la aparente evidencia de los hechos cuyo sentido pretenden desentrañar.

La segunda razón está más vinculada a su temperamento filosófico, a una tendencia propia de su carácter, que lo inclina hacia la meditación, la introspección e incluso la reflexión en torno al significado de ciertos conceptos. Así, por ejemplo, al comienzo de *La aventura del Pabellón Wisteria*, y tras haber recibido un mensaje de alguien que quiere consultarlo, pues le ha ocurrido “un incidente increíble y grotesco”, se dirige a Watson para que le ayude a comprender mejor el significado de este último término:

– Escuche, Watson: creo que podemos considerarlo a usted como hombre de letras. ¿Qué definición daría usted de la palabra “grotesco”?

– La de cosa rara, fuera de lo normal –apunté yo.

Al oír esta definición movió negativamente la cabeza.

– Seguramente que abarca algo más que eso; algo que lleva dentro de sí una sugerencia de cosa trágica y terrible. Si usted repasa mentalmente alguno de esos relatos con los que ha martirizado a un público por demás paciente, se dará cuenta de que lo grotesco se convirtió con frecuencia en criminal en cuanto se ahondó en el asunto<sup>3</sup>.

En este, como en muchos otros casos, Holmes aborda el problema que le corresponde investigar como un asunto a través del cual cree poder aclarar para sí mismo lo que ciertos conceptos significan o el uso que hacemos de ciertos términos. De hecho, en este relato, que comienza con el texto que acabamos de citar, el desarrollo de los acontecimientos lleva a Holmes a confirmar su hipótesis según la cual “de lo grotesco a lo horrible no hay sino un solo paso”<sup>4</sup>. Además, los relatos subsiguientes, que conforman la colección de escritos conocida como *Su última reverencia en el escenario*, se dedican a explorar interrogantes similares a los del pasaje en mención y contienen poderosas reflexiones en torno al sentido de la tragedia, al destino del hombre o a los límites de la razón cuando pretende comprender misterios que no parecen estar a su alcance.

Un lector habitual de Sherlock Holmes se sorprenderá cada vez menos ante el hecho de que, en medio de la rutina de la vida, y de la inmensa tensión que implica moverse en el oscuro mundo del crimen, Holmes reserve espacios para la introspección, la contemplación estética, la verificación de sus hipótesis, la deliberación moral, el examen de conceptos abstractos, el trabajo de conectar mentalmente los hechos que ha ido recogiendo y las ideas que permiten articularlos; y hasta la meditación sobre los grandes enigmas del hombre y su existencia en este mundo. Quien se detenga en ello encontrará en las muy bellamente elaboradas crónicas de Watson una fuente inagotable de problemas filosóficos de diverso orden: lógicos, epistemológicos, éticos, estéticos y hasta metafísicos.

No deja, sin embargo, de sorprenderse, aún el más atento lector, con el hecho de que, cada vez con mayor frecuencia, y en la medida misma en que perfecciona sus métodos de investigación, se entregue, en medio de la indagación de los crímenes más horribles y grotescos, a la elucidación de problemas de indudable contenido filosófico, como, por ejemplo, el destino del universo y el poder de la razón para comprenderlo, la religión, el

3 *La aventura del Pabellón Wisteria*, en *El último saludo de Sherlock Holmes*, p. 11.

4 *Ibidem*, p. 41. Estas son precisamente las últimas palabras de este relato.

valor del sufrimiento y la opción moral por conservar la vida, el amor como un motivo de acción que puede ser incluso superior a la justicia, el sentido y función del razonamiento analítico o la pequeñez que el hombre experimenta cuando se enfrenta a las grandes fuerzas de la Naturaleza.

En el presente ensayo me propongo mostrar varias cosas al mismo tiempo, pues está animado por una intención a la vez teórica y práctica. Por una parte, me propongo mostrar la dimensión filosófica de los relatos que sobre Sherlock Holmes escribiera Conan Doyle, abordando algunos asuntos filosóficos para los cuales la lectura de los relatos de Holmes constituye un aporte interesante. Ello será la segunda parte de mi trabajo, de la que me ocuparé a continuación. Por la otra, quiero mostrar cómo dicha indagación hace parte de un proyecto más amplio de pedagogía filosófica, en el cual, en orden a buscar nuevos caminos de acceso a la reflexión filosófica, se recurre a cierto tipo de textos literarios que, a la vez que contienen una estructura de indagación, suscitan la posibilidad de plantear problemas filosóficos en un lenguaje que resulta más apropiado incluso que el que nos ofrecen los tradicionales recursos de la prosa filosófica. Dicho proyecto, guardando las proporciones, resulta semejante al que la filósofa norteamericana Martha Nussbaum ha desarrollado para la reflexión ética a partir de textos literarios como las tragedias griegas o los cuentos y novelas de Charles Dickens y Henry James. Se trata, pues, de mostrar el modo en que la lectura de relatos policíacos como los que tienen por protagonista a Sherlock Holmes pueden ser de suma utilidad en la formación de una mente y un talante filosóficos, así como de presentar a grandes rasgos una experiencia de trabajo realizada con la literatura holmesiana con alumnos universitarios de filosofía y con profesionales de áreas diversas. De estas experiencias y sus resultados habré de ocuparme en la última parte de mi ensayo.

## II

Me propongo ahora examinar algunos puntos –sólo unos pocos de los muchos que se podrían desarrollar a partir de una lectura atenta y reflexiva de las crónicas de Watson– que contienen un indudable interés filosófico y que pueden ser elaborados adecuadamente a partir tanto de los métodos utilizados por Holmes como de su propia reflexión en torno a ellos. Los he seleccionado teniendo en cuenta el criterio de que ellos reflejen problemas filosóficos de diversa índole en los relatos policíacos de Holmes. Así, pues, me ocuparé a continuación de los siguientes temas: (1) el estudio del hombre; (2) el carácter prosaico y vulgar del mundo y de la vida; (3) la investigación como arte y como ciencia; (4) el cultivo de la sensibilidad; y (5) algunos apuntes sobre la ética sherlockiana. Espero que el tratamiento de estos puntos sea una primera muestra del poder que tienen estos relatos para suscitar en su lector los interrogantes filosóficos.

### 1. El estudio del hombre

Es muy probable que quien se acerque por primera vez a los relatos policíacos de Conan Doyle vea en su detective de ficción a un hombre que trabaja con los métodos

clásicos de la investigación experimental, derivados sobre todo de las ciencias naturales, a un investigador orientado sobre todo al estudio de las causas naturales, o, incluso, a una especie de “naturalista” interesado en observar, registrar y analizar los fenómenos naturales, tan común por entonces en la Inglaterra victoriana. Esa primera impresión podría verse reforzada, además, por el tipo de conocimientos que cultiva: botánica, anatomía, química, geología, etc.; por la precisión que caracteriza sus observaciones y mediciones; por el estricto y riguroso orden en que desarrolla sus investigaciones, que ha llevado a ver en él uno de los modelos más acabados de “método científico”; por el rigor formal de sus razonamientos, o por el uso de ciertas herramientas científicas como el cálculo de probabilidades, o por instrumentos como el microscopio o por los experimentos químicos.

Si, además, escuchamos lo que él mismo dice sobre su propio oficio, nuestra opinión parecerá verse definitivamente confirmada. Cuando Watson le comenta que ha escrito “un pequeño folleto” en el cual ha condensado su primera aventura detectivesca, bajo el nombre de *Estudio en escarlata*, Holmes le responde en tono más bien despectivo:

Lo miré por encima. Hablando con honradez, no puedo felicitarlo por esa obra. El detectivismo es, o debería ser, una ciencia exacta, que es preciso tratar de la misma manera fría y antisentimental que toda ciencia exacta. Usted ha intentado darle un tinte novelesco, y el resultado es idéntico al que se produciría si usted tratase una novela de amor o el rapto de una mujer por el procedimiento matemático utilizado para la quinta proposición de Euclides <sup>5</sup>.

La pretensión holmesiana de construir “una ciencia exacta” requiere, sin embargo, de algunas precisiones. Es cierto que Holmes es un enemigo acérrimo de los conocimientos genéricos, o de toda tendencia a adquirir conocimientos inconexos que no tengan alguna relación directa con el oficio al que se dedica. Como se dice en alguna parte, “su pasión es lo concreto y exacto en materia de conocimientos”<sup>6</sup>. Es innegable, además, que se resiste a que en sus indagaciones se entremezcle el sentimiento o a que cualquier emoción o afecto influya sobre su razonamiento rigurosamente concebido y finamente ajustado; como le dice a Watson, al final de *El signo de los cuatro*: “(...) el amor es una cosa emotiva, y todo lo emotivo es opuesto al razonar frío y sereno, que yo coloco por encima de todas las cosas. Yo no me casaría jamás, por temor a que ello condicionase mi juicio”<sup>7</sup>.

Sin embargo, la “exactitud” de su ciencia no hay que buscarla en sus resultados. Holmes no es alguien que crea ciegamente en el valor de las cifras o que pretenda que los casos que somete a indagación sean susceptibles de una solución absoluta. No se deja engañar tampoco por la aparente evidencia de los hechos que examina y, con frecuencia, critica a los demás detectives su tendencia a ver “los hechos brutos” sin entender la multiplicidad de interpretaciones que tales hechos admiten. Una ciencia, desde su punto de vista, es más exacta no porque utilice cifras o se base en “pruebas irrefutables”, sino porque se organiza

<sup>5</sup> *El signo de los cuatro*, p. 199.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 18.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 314.

a partir de principios generales. Igual que Aristóteles decía que su “filosofía primera” es más exacta que todas las demás, pues versa sobre los principios más universales, Holmes aspira a hacer del detectivismo una ciencia que se construye con base en principios cada vez más universales.

Es cierto, pues, que Holmes es una mente que se formó en el laboratorio y que posee los hábitos que allí se desarrollan y sabe utilizar los instrumentos y métodos de la ciencia natural. Su objeto de estudio no es, sin embargo, la naturaleza, sino el hombre. Su interés primario no es el de desentrañar las causas naturales, sino el de comprender el sentido de los actos humanos, o, como él lo llama en alguna ocasión, “el enigma del hombre”<sup>8</sup>. Este interés por “el estudio del hombre” se revela, ya desde las primeras páginas de *Estudio en escarlata*, como el núcleo central de las aventuras de Holmes y de las crónicas de Watson. Cuando este último apenas acaba de conocer a aquel de quien se volverá su biógrafo y compañero inseparable, conversa con Stamford, la persona que se lo presentó, en estos términos:

– ¡Vaya! Entonces se trata de un misterio, ¿verdad? –exclamé, frotándome las manos–. Esto resulta muy intrigante. Le quedo muy agradecido por habernos puesto en relación. Ya sabe usted aquello de que “el verdadero tema de estudio para la humanidad es el hombre”.

–Dedíquese entonces a estudiar a ése –dijo Stamford al despedirse de mí–. Aunque le va a resultar un problema peliagudo. Apuesto a que él averigua más acerca de usted que usted acerca de él. Adiós.

– Adiós –le contesté.

Y seguí caminando sin prisa hacia mi hotel, muy interesado en el hombre que acababa de conocer<sup>9</sup>.

Este interés de Watson y de Holmes por el “estudio del hombre” se nos revela de muchas maneras. En primer lugar en la forma misma de investigar los casos que someten a examen. Holmes es ante todo un fino observador de los caracteres humanos, un “psicólogo” en sentido nietzscheano, es decir, un experto en sentimientos. Cuando investiga un caso, por ejemplo, no se considera satisfecho hasta que no puede hablar con el responsable de un delito, para escuchar de su propia boca los motivos que desencadenaron su acción; hace, además, todo el esfuerzo posible por situarse en su perspectiva y por tratar de comprender su concepción del mundo y el fundamento de sus juicios; a veces, incluso con demasiada frecuencia, deja que los criminales huyan, pues considera que la ley no tiene un legítimo derecho a castigar a quienes han obrado por sentimientos nobles o a causa de motivos que al limitado juicio de los hombres resultan muy difíciles de juzgar, entregando este poder de juzgar a una justicia más elevada que la de éstos.

Algunos de sus casos, por otra parte, los resuelve, más que atendiendo directamente a los “hechos del caso” (aunque, por supuesto, sin dejarlos de considerar), por medio del análisis del comportamiento de sus clientes, como sucede con el señor Josiah Amberley en el caso de *El fabricante de colores retirado*. Cuando persigue a un criminal, además, lo hace guiándose no sólo por los indicios o huellas que ha dejado tras sus acciones, sino intentando

<sup>8</sup> Ibid., p. 281.

<sup>9</sup> *Estudio en escarlata*, p. 22.

ponerse “en su propia piel” e intentado razonar como él razonaría; en *El signo de los cuatro*, cuando persigue a Jonatan Small, se detiene, por lo menos en dos ocasiones, para imaginar el modo como habría razonado y se habría conducido un personaje como éste<sup>10</sup>.

Algo muy destacable desde este punto de vista es su profundo y certero conocimiento de la psicología femenina. Aunque él mismo ha negado conscientemente el sentimiento del amor, aunque se resiste al enamoramiento por el modo como éste puede pervertir sus facultades intelectuales, no deja por ello de admirar la tremenda suspicacia de que hacen gala las mujeres. Así como se maravilla con el modo como una mujer, Irene Adler, es capaz de descubrir sus movimientos y de contrarrestar sus acciones, así también se confía en más de una ocasión a los juicios, intuitivos pero certeros, de una mujer. Sin desconocer que el valor que un buen análisis tiene en la resolución de un asunto problemático, sabe que a menudo el pensamiento intuitivo, tan propio de ellas, es una guía más fiable a la hora de encontrar una solución adecuada a los misterios que investiga. En varios casos se puede ver, por ejemplo, cómo se atiende a los juicios de una mujer más que a la aparente evidencia que los hechos brutos le presentan. En uno de ellos, incluso, lo manifiesta abiertamente: “He visto demasiado para no saber que la impresión de una mujer puede ser más valiosa que la conclusión de un razonador analítico”<sup>11</sup>.

Incluso en las situaciones en que Holmes se nos presenta simplemente como un agudo observador y razonador que quiere comprender a fondo las causas naturales de algo que investiga, su interés no se centra en la naturaleza misma, sino en el modo como una comprensión adecuada de ésta nos ayuda a comprender mejor el sentido de la acción humana. Lo que le interesa, incluso cuando observa la naturaleza o las obras del arte humano, es lo que ello puede decirnos acerca del hombre que buscamos. A menudo, con ayuda de su lupa, se dedica él mismo, o le propone a Watson, que observe ciertos objetos, y que los observe “como un problema intelectual”, es decir, no como simples objetos, sino como signos que nos revelan acontecimientos humanos dotados de sentido. Citaré a este respecto sólo tres ejemplos: el de la observación que realiza sobre el reloj del hermano de Watson en el primer capítulo de *El signo de los cuatro*<sup>12</sup>; las diversas conclusiones que elabora, a partir de la observación y el razonamiento, sobre el Dr. James Mortimer mediante el examen de su bastón, al comienzo de *El sabueso de los Baskerville*<sup>13</sup>; y las diversas observaciones que sobre la personalidad de su propietario hace a partir del examen cuidadoso de un viejo sombrero raído en *El carbunco azul*<sup>14</sup>.

Como hemos insistido hasta aquí, todas las observaciones de Holmes están orientadas a comprender el significado de las acciones de hombres concretos. El asunto, sin embargo, es mucho más complejo. Lo que busca construir Holmes no es simplemente un conjunto

10 Cfr. *El signo de los cuatro*, pp. 252-253 y 278-280.

11 *El hombre del labio retorcido*, en *Aventuras de Sherlock Holmes*, p. 129.

12 Cfr. *El signo de los cuatro*, pp. 201-203.

13 Cfr. *El sabueso de los Baskerville*, pp. 13-17.

14 Cfr. *El carbunco azul*, en *Aventuras de Sherlock Holmes*, pp. 138-142.

de métodos para investigar el crimen, sino, al modo de Hume en su *Tratado de la naturaleza humana*, una “ciencia del hombre” que sirva de fundamento a todo nuestro saber. Todas sus observaciones y razonamientos, todos sus instrumentos y métodos, todo su saber, y también todas sus facultades mentales, están al servicio de la comprensión del enigma, del misterio del hombre. Su forma de abordar el “estudio del hombre”, sin embargo, no consiste en una reflexión abstracta sobre aquello que el hombre sea “por esencia”, sino en el examen meticuloso de los modos concretos como el hombre actúa. Ello no quiere decir, sin embargo, que se trate de un estudio meramente descriptivo. Se trata, más bien, de una perspectiva dentro de la cual se combina un examen riguroso de los hechos con una apertura permanente al misterio que siempre el hombre representa. Es cierto que sobre el modo como actúan los hombres es posible elaborar algunas hipótesis de conjunto, pero también que las acciones del hombre concreto están siempre regidas por la libertad, son indeterminadas y misteriosas. Dejemos que sea el propio Holmes el que nos exponga los fundamentos últimos de su “ciencia del hombre”. Mientras espera a los criminales a los que persigue por el río Támesis, sostiene esta conversación con Watson:

– No tenemos derecho a dar nada por supuesto. Existen, desde luego, diez probabilidades contra una que irán río abajo, pero no podemos tener la seguridad absoluta. Desde aquí podemos distinguir la entrada del astillero, mientras que ellos difícilmente pueden vernos. La noche va a ser despejada y dispondremos de luz abundante. Debemos permanecer donde estamos. Fíjense en cómo hormigüea la gente allí enfrente bajo las luces de gas.

– Es que a esta hora salen del trabajo en el astillero.

– Dan la impresión de unos bergantes todos sucios, y, sin embargo, yo supongo que todos ellos ocultan dentro su pequeña chispa inmortal. Nadie lo diría viéndolos. No existe, a priori, ninguna probabilidad en su favor. ¡Qué extraño enigma es el hombre!

– Alguien lo llamó un alma escondida dentro de una bestia –apunté yo.

– Winwood Reade escribe cosas buenas acerca del tema –dijo Holmes–. Hace observar que mientras el hombre, tomado individualmente, es un acertijo insoluble, el conjunto de los hombres se convierte en una seguridad matemática. No puede usted, por ejemplo, anunciar de antemano qué es lo que hará un hombre determinado; pero se puede prever con precisión lo que hará el promedio de una cantidad de hombres. Eso es lo que dice la estadística<sup>15</sup>.

El esfuerzo por resolver este “enigma del hombre” es una de las principales motivaciones que rigen el actuar investigativo de Holmes. Lo que le fascina en su encuentro con el gran mundo criminal londinense es, seguramente, esta variedad, esta sorpresa, este carácter impredecible que tienen las acciones humanas. En el criminal, en el loco, en el farsante, en el hombre o en la mujer que sienten un profundo dolor o que se encuentran en una situación que les resulta imposible comprender hay un material importante en el cual ejercer sus facultades y, sobre todo, en el cual comprender mejor la multitud de facetas que presenta el fenómeno humano. Esta meditación permanente sobre el hombre y su destino, sobre el sentido de su existencia en este mundo, es una de las claves fundamentales para entender este famoso personaje creado por la pluma de Arthur Conan Doyle.

15 *El signo de los cuatro*, p. 281.

Conviene destacar, sin embargo, que, de un modo semejante a como Freud tuvo una de las fuentes para la construcción de su teoría psicoanalítica en el análisis de sí mismo, cuando Holmes estudia “el enigma del hombre”, tiene como uno de los especímenes más preciosos de su estudio a él mismo. En más de una ocasión lo vemos reflexionando sobre el sentido que tiene su vida y sobre la forma como la ocupación que ha construido para sí da sentido a todo lo que hace, piensa o siente; o sobre el origen y valor de sus propias facultades; o incluso sobre la “doble tendencia” (activa, despierta y curiosa, por un lado, y bohemia, contemplativa y poética por el otro). Al final de *El signo de los cuatro*, y después de que Watson le ha indicado que tiene cara de fatiga, Holmes le responde:

– Sí; la reacción se deja ya sentir en mí. Durante una semana voy a estar desmadejado como un harapo.  
– Es sorprendente –le dije– cómo alternan en usted, con los accesos de magnífica energía y fortaleza, los paréntesis que yo calificaría de vagancia en otra persona.  
– Sí –me contestó–; llevo dentro de mí elementos para ser un grandioso vago, y también los que entran en la formación de un hombre de actividad extraordinaria. Muchas veces me acuerdo de estas líneas del viejo Goethe:

*¡Lástima que la Naturaleza hiciera de ti un hombre solo,  
pues tienes madera para que hubiera sacado una persona honrada y un bribón!*<sup>16</sup>.

Esta “doble naturaleza” de Holmes nunca se debe perder de vista a la hora de comprender ni el modo como indaga ni el tipo de personaje que representa. Con frecuencia se pone el énfasis en las facultades de investigador de Holmes o en sus peculiares dotes intelectuales. El Holmes investigador, sin embargo, sólo es comprensible a la luz del Holmes contemplativo, poético, filosófico. El sentido, además, que para él tiene dedicarse a la investigación sólo es comprensible a la luz de su propia “filosofía de la vida”. De ella nos ocuparemos a continuación.

## 2. El carácter prosaico y vulgar del mundo y de la vida

El lugar que tiene el trabajo investigativo en la vida de Holmes es prácticamente absoluto. A él dedica todas sus preocupaciones y a él consagra todos sus esfuerzos. Considera que el saber que está construyendo es algo a lo que vale la pena dedicarle la vida entera. Lo que dice en *El libro de la vida* no es sólo algo en lo que cree firmemente, sino también algo que habla sobre todo de sí mismo:

Toda la vida es una cadena cuya naturaleza conoceremos siempre que se nos muestre uno solo de sus eslabones. La ciencia de la deducción y del análisis, al igual que todas las artes, puede adquirirse únicamente por medio del estudio prolongado y paciente, y la vida no dura lo bastante para que ningún mortal llegue a la suma perfección posible en esa ciencia<sup>17</sup>.

16 Ibid., p. 314.

17 *Estudio en escarlata*, p. 28.

El anterior texto nos revela un doble aspecto de la “filosofía de la vida” de Holmes. Por una parte, su convicción de que la vida en su conjunto es algo que puede y debe ser comprendido mediante un esfuerzo racional, un proceso que tiene una lógica interna que puede ser comprendida a cada paso. Pero esa comprensión requiere de un esfuerzo permanente. Pero, por la otra, su creencia en que este esfuerzo es siempre insuficiente por la magna tarea que se emprende. La vida es siempre incompleta, pues la perfección a la que podemos aspirar nunca podrá ser alcanzada plenamente. Su vida, pues, se mueve en aquella tensión que se da entre querer comprenderlo todo y tener una vida limitada para ello.

Esta idea de la vida es lo que nos permite comprender los accesos de depresión en que incurre cuando le hacen falta problemas en que emplear sus facultades. En más de una ocasión lo vemos quejándose por la poca creatividad que tienen los criminales, incapaces de aprovechar la densa niebla londinense para cometer sus fechorías y de ofrecer así ocasiones para poner a prueba sus peculiares dotes intelectuales. Cuando no tiene trabajo no sólo se aburre, sino que se deprime profundamente. En una ocasión en que Watson le pregunta si recibirá a un cliente que le ha enviado un telegrama, le responde:

– Ya sabe usted, querido Watson, que desde que hicimos encerrar al coronel Carruthers estoy aburridísimo. Mi cerebro es como un motor en marcha, que se destroza porque no está embragado a la máquina para la que fue construido. La vida es una cosa vulgar, los periódicos resultan estériles; lo audaz y novelesco desapareció, por lo visto, del mundo criminal. En estas condiciones, ¿cómo es posible que me pregunte si estoy dispuesto a ocuparme de un problema nuevo, por fútil que resulte?<sup>18</sup>.

“Mi cerebro es como un motor en marcha”, dice Holmes; y, tal vez, debería haber agregado “un motor en marcha que no puede detenerse”. Como él mismo lo dice en más de una ocasión, “tiene hambre de exaltación mental”. Esta es, por cierto, la única cosa que le permite superar la pesada carga que para él representa la rutina de la vida. La vida común, la de todos los hombres, que tienen un empleo, un hogar y unas aficiones que cultivar en su “tiempo libre”, es, para Holmes, una vida que no vale la pena vivirse, una vida vulgar, prosaica, rutinaria, sin sentido.

La angustia que le genera la vida corriente se transforma, además, en depresión cuando carece de un campo en el cual ejercer sus facultades. Y esta depresión a su vez se transforma fácilmente en vicio. Desde los primeros días en que Watson convive con Holmes se preocupa, como amigo y como médico, por la frecuencia con que Holmes recurre a la cocaína. Un día, finalmente, cansado por el espectáculo de ver la jeringa hipodérmica inyectada en su brazo por tres veces al día y durante muchos meses, le reclama por poner en peligro sus facultades mediante el uso de estimulantes artificiales. La respuesta de Holmes resulta tremendamente reveladora de su concepción de la vida y del mundo en general:

18 *La aventura del Pabellón Wisteria*, en *El último saludo de Sherlock Holmes*, p. 12.

Mi cerebro se rebela contra el estancamiento. Proporcioneme usted problemas, proporcioneme trabajo, déme el más abstruso de los criptogramas, o el más intrincado de los análisis, y entonces me encontraré en mi atmósfera propia. Podré prescindir de estimulantes artificiales. Pero aborrezco la monótona rutina de la vida. Siento hambre de exaltación mental. Ahí tiene por qué he elegido esta profesión a que me dedico, o, mejor dicho, por qué razón la he creado, puesto que soy el único en el mundo que a ella se dedica.

Y agrega, más adelante, cuando Watson le pregunta si tiene en marcha alguna investigación en ese momento:

Ninguna. Eso explica lo de la cocaína. No puedo vivir sin hacer trabajar mi cerebro. ¿Qué otra cosa hay por la que merezca vivirse? Mire por esa ventana. ¿Vio usted jamás un mundo tan triste, lamentable e improductivo? Vea cómo la niebla amarilla remolonea por la calle y se desliza por delante de las casas de color castaño grisáceo. ¿Puede existir nada tan irremediablemente prosaico y material? ¿De qué sirve a uno tener facultades, doctor, si carece de campo en que poder ejercitarlas? El crimen es una vulgaridad, la vida es una vulgaridad, y no hay en este mundo lugar sino para las dotes vulgares de la persona<sup>19</sup>.

A primera vista, la lectura de pasajes como éstos (de los cuales hay muchos, por cierto, en muy diversos relatos) sólo revela una concepción pesimista de la vida: la vida es rutina, sinsentido, aburrimiento, vulgaridad. Es cierto: cuando Holmes mira el mundo de los hombres comunes sólo ve vulgaridad. Sin embargo, en medio de esa vida vulgar ha encontrado algo que le da sentido a su propia vida, algo por lo cual vale la pena vivir. Detrás de su trabajo, de la profesión que ha elegido, o, mejor, que ha creado para sí, hay una búsqueda permanente de sentido para la existencia, un sentido que debe buscarse más allá de lo vulgar y lo prosaico, de la “monótona rutina de la vida” que dice aborrecer.

Esto, por supuesto, explica muchas cosas, tanto en el modo riguroso de su proceder investigativo como en la concepción que tiene de la vida. Explica, por ejemplo, cómo y por qué la entrega total a su oficio llega hasta el punto de sacrificar asuntos como la relación amorosa; explica también su interés por los problemas mismos, antes que por sus resultados en términos de beneficios personales, hasta el punto de afirmar que lo que le interesa en su trabajo es “el arte por el arte”; explica su esfuerzo permanente por llegar a comprender cada uno de los problemas que se someten a su examen hasta llegar a sus últimas consecuencias y hasta lograr a conocer en él cada uno de los distintos factores que lo conforman: cada una de sus circunstancias, sus posibles consecuencias, las motivaciones que lo engendraron, la justificación que los protagonistas dan de cada uno de sus actos, etc. Tal vez esto también ayude a explicar algo que sorprende a menudo a los lectores de las crónicas de Watson: el hecho de que, con mucha frecuencia, deje escapar a los delincuentes que ha atrapado o incluso sirva para encubrir sus crímenes. No es seguramente Holmes alguien preocupado fundamentalmente por “hacer justicia” (con frecuencia deja ese oficio a las potestades superiores). A él le interesa sobre todo el problema mismo, más que el éxito que le reporte el haberlo resuelto, pues a menudo deja que los méritos se los lleven

19 *El signo de los cuatro*, pp. 198 y 204.

los detectives de Scotland Yard. Se trata –lo dice más de una vez– de “el arte por el arte”; un arte en el que, por cierto, encuentra aquello que puede darle sentido a una existencia que de otra forma sería prosaica y vulgar.

La vida es vulgar. El crimen es vulgar. En ello insiste Holmes. Pero, entonces, ¿por qué dedicarse a investigarlo? Es claro que dedicarse simplemente a “vivir la vida” resultaría indigno de un hombre y que incluso la simple lucha contra el crimen, si no fuera más que eso, resultaría insuficiente para dar sentido a una existencia humana. El crimen es, para Holmes, simplemente un lugar adecuado para ejercer sus facultades, pues en el crimen hay algo artístico, algo genial, algo que merece la pena examinar.

El crimen ordinario es vulgar, pero también a menudo el crimen está preñado de inteligencia, de lógica, de creatividad, de arte. Los grandes criminales suelen ser también grandes personalidades, cuyos métodos conviene estudiar y cuyo estudio puede ser tremendamente iluminador en la comprensión del “enigma del hombre”. Fue esta convicción la que, por cierto, llevó a Holmes a descubrir la poderosa trama, la fina tela, que estaba urdida en la organización criminal londinense, hasta poder encontrarse con su actor principal, su archienemigo: el profesor Moriarty, “el Napoleón del crimen”. La presencia de un enemigo tan poderoso como Moriarty hace que para Holmes la vida cobre un sentido especial. Desbaratar la banda de Moriarty llegará a considerarlo su “obra cumbre”. Y ello porque Moriarty no es un enemigo cualquiera, no es un enemigo vulgar. Es alguien de su talla intelectual. Veamos cómo nos lo presenta:

Su carrera ha sido de las extraordinarias. Es hombre de buena cuna y excelente educación, y está dotado por naturaleza de una capacidad matemática fenomenal...

Usted sabe bien, Watson, que nadie conoce tan bien como yo el alto mundo de la criminalidad londinense. Por espacio de varios años he vivido con la constante sensación de que detrás de los malhechores existía algún poder, un poder de gran capacidad organizadora, que se cruza siempre en el camino de la justicia y que cubre con su escudo a los delincuentes... Me he esforzado durante años en rasgar el velo que envolvía ese poder. Hasta que llegó el momento en que pude agarrar mi hilo y lo seguí, y ese hilo me condujo, después de mil astutos rodeos, hasta el exprofesor Moriarty, el afamado matemático. Watson, ese hombre es el Napoleón del crimen. Es el organizador de la mitad de los delitos y de casi todo lo que no llega a descubrirse en esta gran ciudad. Ese hombre es un genio, un filósofo, un pensador abstracto. Posee un cerebro de primer orden. Permanece inmóvil en su sitio, igual que una araña en el centro de su tela, pero la de ese hombre tiene mil hilos radiales y él conoce perfectamente los estremecimientos de cada uno de ellos. Es muy poco lo que actúa personalmente. Se limita a proyectar. Pero sus agentes son numerosos y están magníficamente organizados...

Usted, mi querido Watson, conoce los puntos que yo calzo, pero al cabo de tres meses me vi obligado a confesar que había tropezado, por fin, con un antagonista que me iguala en capacidad intelectual. El horror que me inspiraban sus crímenes se diluyó en mi admiración ante su destreza<sup>20</sup>.

Moriarty representa para Holmes no sólo su rival intelectual por excelencia, sino sobre todo su reto vital por antonomasia. La existencia de un ser como Moriarty, aparte de su maldad y peligrosidad intrínsecas, hacen, para Holmes, que su vida resulte digna de ser vivida. De hecho, le dedicará al seguimiento y destrucción de Moriarty y su banda un buen

<sup>20</sup> *El problema final*, en *Memorias de Sherlock Holmes*, pp. 485-487.

número de años. La admiración con que Holmes habla de Moriarty revela también el interés que ofrece su estudio y lo que con el tiempo llegará a lamentar tener que haber eliminado un hombre de sus capacidades. La existencia de hombres como Moriarty, además de proporcionarle un sentido a su tarea, le obligaron a perfeccionar sus métodos de investigación y a elevar su “ciencia de la deducción y del análisis” a la categoría de un arte por el que vale la pena vivir.

### 3. La investigación como arte y como ciencia

La investigación, esa tarea a la que Holmes decide entregarle la vida entera, puede ser entendida, en su sentido más general, como la búsqueda de explicación para un conjunto de hechos que nos resultan incomprensibles en principio, pero que, suponemos, deben tener algún orden. Para ello se requiere un método. Muchos creen, sin embargo, que un mismo método (al que llaman, sin más “método científico”) es aplicable a cualquier conjunto de hechos. Holmes, que se resiste a las fáciles generalizaciones y que no cree en los métodos que pretenden servir para todo, sólo va definiendo su método en la medida en que explora con detenimiento el objeto que pretende investigar.

En Holmes hay, pues, métodos, muchos métodos distintos, muchas estrategias diversas para hallar una explicación. En algunos casos sigue los procedimientos clásicos de la investigación, que van desde la recolección de los hechos y el planteamiento de hipótesis hasta la verificación experimental de las hipótesis. En otros se propone razonar “hacia atrás”, yendo desde la conclusión hasta las premisas que la hacen necesaria. En otros incluso recurre a la simulación como camino para aclarar el misterio, usando disfraces o representando papeles. En algunos más prefiere fijarse en los rasgos psicológicos de los personajes implicados, para, “metiéndose en su mente”, lograr resolver el problema que se le ha planteado.

Holmes investiga. Sobre ello no queda duda. Pero, ¿cómo concibe la investigación aquel detective de ficción que muchos han considerado como uno de los modelos más acabados de investigador? La investigación, tal como la concibe Holmes, consiste en el seguimiento de pequeños indicios, que, en la medida en que se conectan unos con otros, permiten elaborar un sinnúmero de hipótesis, las cuales se van descartando una a otra a partir de nuevos indicios, de datos comprobados, de informaciones nuevas, hasta no quedar sino una posibilidad, que deberá seguirse en todas sus implicaciones hasta el final de la investigación. Investigar es, para Holmes, en principio, lo que la palabra misma sugiere: “seguir las huellas” de algo (*in-vestigium*). Tal vez no haya forma más adecuada de aclarar el significado que tiene este término que un pasaje de *La diadema de berilos*, un cuento en el cual Holmes es capaz de resolver un crimen por los rastros que han quedado marcados en la nieve. Examinaremos el pasaje y, a continuación, haremos los comentarios pertinentes.

Quando llegué a la casa –prosiguió Holmes–, examiné de inmediato, con gran cuidado, sus alrededores, por si había en la nieve alguna huella que me ayudase. Me constaba que no había vuelto a nevar desde

la tarde anterior, y también que había caído una fuerte helada que conservaría las huellas. Avancé por el sendero de los proveedores, viendo que todo él estaba pisoteado y que no se distinguía nada. Sin embargo, un poco más allá del mismo, en el otro lado de la puerta de la cocina, una mujer había permanecido hablando con un hombre, cuya huella, redonda en una de las piernas, indicaba que tenía una pata de madera. Pude incluso averiguar que alguien había venido a perturbar su coloquio, porque la mujer había retrocedido corriendo hacia la puerta, como lo demostraban las huellas, profundas en la puntera y débiles en el tacón, mientras que el de la pata de madera había esperado un poco y luego se había marchado. Pensé entonces que pudiera tratarse de la doncella y su novio, de quien ya usted me había hablado, y la investigación me demostró que estaba en lo cierto. Recorrí el jardín, pero no descubrí más que huellas deshilvanadas, que calculo serían de la policía; pero, cuando me metí por el camino de los establos, vi que en la nieve que tenía delante estaba escrita una historia muy larga y complicada. Había allí una doble línea de huellas de un hombre con botas, y una segunda doble línea, que yo vi con mucho agrado, que pertenecía a un hombre que llevaba los pies descalzos. Por lo que usted me había contado, comprendí en seguida que este último era el hijo de usted. El primero había caminado en dos sentidos, pero el otro había corrido velozmente y, como sus huellas estaban marcadas en algunos sitios sobre las producidas por el de las botas, era evidente que había pasado con posterioridad al otro. Seguí las huellas hasta el final, encontrándome con que terminaban en la ventana del vestíbulo, donde el de las botas había hecho desaparecer toda la nieve con su pataleo mientras esperaba. Luego seguí las huellas hasta el final de la otra dirección, encontrándome con que seguían un trayecto de cien yardas o más por el camino. Descubrí el lugar donde el de las botas tuvo que dar media vuelta; la nieve estaba revuelta como si hubiese tenido lugar allí un forcejeo y, finalmente, vi dónde habían caído unas gotas de sangre para demostrarme que yo no estaba equivocado. El de las botas se había alejado corriendo por el camino, y otro pequeño manchón de sangre me demostró que era él quien había resultado herido. Cuando el de las botas llegó a la carretera general, al otro extremo, me encontré con que la acera había sido desembarazada de la nieve, de modo que esta pista terminaba en aquel lugar.

Sin embargo, al entrar en la casa, examiné, como usted recordará, el antepecho y el marco de la ventana del vestíbulo con mi lente de aumento, pudiendo ver en el acto que alguien había salido por allí. Pude distinguir la silueta de un pie con la punta hacia adentro en el lugar donde alguien había colocado el suyo húmedo al entrar en la casa. Entonces empecé a formarme un criterio sobre lo que había ocurrido. Un hombre había estado esperando del lado de fuera de la ventana, y alguien le había traído las piedras preciosas. El hijo de usted lo había visto, había perseguido al ladrón, había forcejeado con él, ambos habían tirado hacia sí de la diadema, y la fuerza reunida de los dos había causado en ésta daños que separadamente ninguno de ellos habría sido capaz de ocasionar. El hijo de usted había regresado con el objeto, pero había dejado un fragmento entre las manos de su adversario. Hasta ahí ya veía claro. La cuestión que entonces se me planteaba era ésta: ¿quién era el hombre y quién le había traído la diadema? Es un viejo proverbio mío el de que, una vez que se ha conseguido hacer a un lado lo que no ha podido ser, todo aquello que sigue en pie tiene que ser la verdad, por muy improbable que resulte. Ahora bien: yo sabía que no era usted quien había llevado la ventana a la diadema; de modo, pues, que sólo quedaba su sobrina y las doncellas. Pero, si se hubiese tratado de las doncellas, ¿por qué razón habría consentido su hijo en que le acusasen a él en lugar de a ellas? Era imposible que existiese razón para tal cosa. Sin embargo, sabiendo que él estaba enamorado de su prima, teníamos a mano una explicación excelente de su empeño en mantener el secreto, especialmente tratándose de un secreto deshonesto. Al recordar que usted había visto a su sobrina junto a la ventana, y que ella se desmayó al ver de nuevo la diadema, mi conjetura se convertía en certidumbre. Pero, ¿quién podía ser su cómplice? Evidentemente, se trataba de un amante, porque, ¿quién sino un amante podía pesar en su ánimo más que el amor y la gratitud que ella tenía que sentir por usted? Yo sabía que usted salía poco y que el círculo de sus amistades era muy limitado. Pero entre esas amistades se encontraba sir George Burnwell. Yo había oído hablar entonces de él como de un hombre de mala reputación entre las mujeres. Era seguramente sir George quien iba calzado con aquellas botas y quien se había quedado con las piedras preciosas desaparecidas. Aún después de saber que Arturo le había descubierto,

podía seguir envaneciéndose de que nada le ocurriría, porque el mozo no podía hablar una palabra sin comprometer a su propia familia. Pues bien: el buen sentido de usted le dará a entender qué medidas tomé a continuación. Me presenté en mi traje de vagabundo en casa de sir George, me las compuse para relacionarme con su ayuda de cámara, supe por éste que su amo había sufrido un corte en la cabeza la noche anterior y, por último, mediante el gasto de seis chelines, conseguí el dato seguro comprando un par de zapatos de desecho de sir George. Cargado con ellos, me dirigí a Streatham y comprobé que ajustaban exactamente con las huellas<sup>21</sup>.

Este pasaje, aunque un poco largo, nos permite explorar de una forma importante aquello en lo que, según Holmes, consiste el acto de la investigación y el proceso que se sigue cuando uno emprende una investigación. Como vemos por el relato del propio Holmes, se trata, en primer lugar, de encontrar pequeños indicios que nos permitan reconstruir lo que pudo haber pasado en determinada circunstancia. Holmes cuenta aquí con una ventaja: había nevado la tarde anterior y, posteriormente, había venido una helada que ayudó a conservar las huellas. Para hacer esta “lectura de indicios”, la nieve juega el papel de un “texto” en el que quedan registrados una serie de signos que se podrán leer, que hablarán por sí mismos y cuyo sentido se podrá descifrar si la lectura se hace con orden y atención.

Lo primero, sin duda, es hacer bien las *observaciones de detalle*: una huella redonda, otras huellas profundas en la puntera y débiles en el tacón, huellas de un hombre con botas y otras de alguien que llevaba los pies descalzos, nieve revuelta, gotas de sangre, etc. Estas observaciones, sin embargo, si se consideran aisladas entre sí, no significan mayor cosa. A cada observación debe acompañarla una *inferencia certera*: la presencia de un hombre con una pata de palo, una persona que retrocede porque alguien interrumpe la conversación que llevaba con el de la pata de palo, una persona de pies descalzos que persigue al de las botas a través de la nieve, un forcejeo que se da entre ellos, resultando herido el hombre de las botas, etc. Tales inferencias, sin embargo, deben apoyarse, para resultar válidas, en algunas *informaciones que previamente se poseen*, y que, en este caso, fueron proporcionadas por los habitantes de la casa en donde ocurrió el robo de la diadema de berilos: que esta fue sacada de la casa, le robaron algunas piedras preciosas y resultó doblada, que se encontró intentando arreglarla al hijo del señor Holder, que la sobrina de éste se voló, que la doncella había estado conversando con su novio: un hombre con una pata de palo, etc.

Hasta aquí, pues, el proceso de investigación es bastante sencillo: se hace una serie de observaciones y, con base en éstas y en información acumulada que sabemos cierta, se extraen una serie de inferencias que pueden ayudar a explicar lo que sucedió a propósito de un conjunto de hechos que a primera vista resultan misteriosos. Esto lo puede hacer cualquiera que ponga en este trabajo una mediana dosis de atención e inteligencia. Sin embargo, el punto fundamental del trabajo investigativo no se encuentra, por lo menos para Holmes, allí, sino en otra parte. Como dice, en la medida que hace su relato sobre lo que observó “escrito” en la nieve, “vi que en la nieve que tenía delante estaba escrita una historia muy larga y complicada”.

21 *La aventura de la diadema de berilos*, en *Más aventuras de Sherlock Holmes*, pp. 352-354.

La nieve es, pues, para Holmes, un texto complejo que es preciso interpretar con detalle y con mucho cuidado. No basta con tener muchos datos, no basta con hacer precisas observaciones de detalle, no es suficiente con hacer múltiples y muy certeras inferencias si no estamos en condiciones de *agrupar todos los elementos recogidos en una escena de conjunto*. La investigación requiere, por encima de todo, imaginación. La “lectura de los signos” marcados en la nieve adquiere sentido en la medida en que vamos reconstruyendo imaginativamente la escena de los acontecimientos, en la medida en que vamos “escribiendo” imaginativamente una historia posible en donde todos los elementos encontrados configuren un conjunto unificado. Como dice John Dewey: “La investigación es la transformación controlada o dirigida de una situación indeterminada en otra que es tan determinada en sus distinciones y relaciones constitutivas que convierte los elementos de la situación original en un todo unificado”<sup>22</sup>.

El punto clave de la investigación está precisamente en la forma como podemos *transformar nuestras conjeturas en certezas*. Sobre los elementos recogidos Holmes tiene ya unas primeras conclusiones que ahora, mediante una pregunta clave, tendrá que poner a prueba. Vista toda la escena, aparece *el interrogante clave*: “¿quién era el hombre y quién le había traído la diadema?”. Aquí aparecen nuevas posibilidades y será preciso considerarlas una a una, hasta que descartemos las que resulten improbables o, incluso, imposibles. Aquí, nuevos datos de los observados previamente vienen nuevamente en auxilio del investigador: “Al recordar que usted había visto a su sobrina junto a la ventana, y que ella se desmayó al ver de nuevo la diadema, *mi conjetura se convertía en certidumbre*. Pero, ¿quién podía ser su cómplice? Evidentemente, se trataba de un amante, porque, ¿quién, sino un amante, podía pesar en su ánimo más que el amor y la gratitud que ella tenía que sentir por usted? Yo sabía que usted salía poco y que el círculo de sus amistades era muy limitado. Pero entre esas amistades se encontraba sir George Burnwell”. El problema está ahora resuelto. Las acciones que haya que emprender a continuación dependerán del buen juicio de los implicados.

Un elemento básico, sin embargo, no podemos dejar pasar por alto en este proceso. ¿Qué es lo que da unidad y sentido al proceso investigativo? No ciertamente los datos recopilados o las observaciones hechas. Ni siquiera las conclusiones parciales que se van haciendo con base en éstos. Para que la investigación tenga orden y sentido, para que sus conclusiones ganen en fuerza y convicción, para que ésta nos lleve hasta resultados firmes, es necesario *reducir lo descubierto a principios generales*. Sólo ellos están en capacidad de darle fuerza y coherencia a nuestras conclusiones. Holmes nos presenta aquí uno de sus principios generales –que lo encontramos, además, presente en muchas de sus indagaciones– bajo la forma de un proverbio: “una vez se ha conseguido hacer a un lado lo que ha podido ser, todo aquello que sigue en pie tiene que ser la verdad, por muy improbable que resulte”.

La exactitud de un saber depende, sobre todo, de que éste repose sobre principios generales. Holmes hace el esfuerzo por encontrar tales principios, pues su interés es

22 DEWEY, John: *Lógica: teoría de la investigación*, México, F. C. E., 1950, p. 123.

precisamente este de elaborar una ciencia de la investigación, o, para usar sus términos, una “ciencia de la deducción y del análisis”.

Ahora bien, la ciencia no es simplemente un conjunto de conocimientos organizados, o incluso un oficio regido por reglas. Es, sobre todo, una disposición del espíritu humano. Como sugiere Platón en el Libro V de *La república*, la ciencia habrá que buscarla especialmente “en las potencias del alma”. Es decir, que, para hacer ciencia, lo que se requiere, por encima incluso de los conocimientos, los métodos, las herramientas y los instrumentos, son una serie de hábitos y disposiciones que el hombre de ciencia debe cultivar paso a paso. Para Holmes el acto de la investigación sólo está completo si se le vincula a una serie de tareas que refinan el trabajo de una mente investigadora. Entre esas tareas que refinan el trabajo del investigador, podemos observar que Holmes pone especial atención en las siguientes:

- la meditación, a la que Holmes dedica amplios espacios de tiempo, en compañía de su pipa y su violín.
- el control experimental, para el cual nuestro detective monta su propio laboratorio en Baker Street.
- el control social sobre el propio proceso investigativo, que Holmes desarrolla especialmente a través de sus conversaciones con Watson.
- la búsqueda permanente de información adicional que ayuda a corroborar o rectificar sus conclusiones provisionales, tarea que Holmes realiza por medio de telegramas, consultas de archivos y periódicos, etc.
- la elaboración permanente de “estudios de detalle”, con los cuales Holmes adquiere informaciones precisas y preciosas que a menudo resultan las claves para el desciframiento de un problema (por ejemplo, sus estudios sobre las huellas, sobre las cenizas que dejan diferentes marcas de cigarrillo, o incluso sobre la música medieval).
- la perfección lograda en el uso de instrumentos científicos, que, en el caso de Holmes, son todavía muy rudimentarios (la lupa, el metro, el microscopio o los instrumentos de su laboratorio de química) y que no admiten comparación con los sofisticados instrumentos que usamos hoy.
- la contemplación estética, que, para el investigador, constituye un espacio privilegiado para el desarrollo de su “trabajo mental” (es sugerente aquí ver el modo en que Holmes, en los momentos de máxima tensión, acude a conciertos o se dedica a tocar el violín).
- el perfeccionamiento continuo de los métodos de razonamiento, que le permiten tener alternativas diversas para conectar sus hipótesis (Holmes recurre a formas diversas de razonamiento según lo requiera la ocasión: razonamientos deductivos, inductivos, analógicos, abductivos, etc.).
- la crítica permanente de su propio oficio, en el que se ha propuesto alcanzar la máxima perfección posible.

Lo que sorprende, cuando uno se dedica a observar con cuidado las múltiples estrategias investigativas de Holmes es que él no es solamente un experto en la resolución de enigmas

criminales, un solucionador de problemas, sino, sobre todo, un hombre que ha hecho de la investigación un modo de vida; un hombre que ha intentado construir una ciencia (la ciencia de la investigación) con tal grado de perfección que la eleva hasta la categoría de un arte.

Su ciencia, por cierto, no es simplemente un saber hecho de razonamientos lúcidos o de observaciones precisas. Es una combinación de muchas estrategias diversas, tanto teóricas como prácticas. Un personaje bastante pintoresco cumple, en los relatos de Conan Doyle, la función de mostrarnos el contraste entre el razonador ideal y el buen investigador. Dicho personaje es el hermano de Sherlock Holmes, Mycroft, un poderoso razonador, incluso mejor que su hermano, pero incapaz de emprender las muchas tareas prácticas que implica el desarrollo del trabajo investigativo. Holmes hace, pues, de la investigación una ciencia en la medida en que busca reducir el trabajo científico a principios generales y la práctica científica a una búsqueda permanente de diversos géneros de causas.

Esta ciencia que, como nos ha dicho Holmes, sólo se adquiere por medio del estudio prolongado y paciente; este saber en el que “se nos va la vida”, nos lo define Holmes como “un arte”, es decir, como algo perfectible, que se desarrolla con un estilo propio, que admite diversas formas de expresión y realización. Holmes se ve a sí mismo como un artista, esto es, como alguien que se ha entregado plenamente a la realización de su obra, y alguien que a través de ella se ha forjado para sí una particular forma de sensibilidad.

#### **4. El cultivo de la sensibilidad**

Quien se acerca por primera vez a Sherlock Holmes, especialmente si lo hace a través de *Estudio en escarlata*, suele llevarse la impresión de que nos encontramos ante un personaje que no sólo dice cultivar una ciencia exacta, y, por ello, fría y antisentimental, sino ante alguien que es, él mismo, una persona fría y distante, que poco le gusta frecuentar el trato social y que no está dispuesta en ningún momento a conmoverse ante los sufrimientos de las personas que se acercan a su consulta. Esta sensación, además, se agudiza cuando Watson nos cuenta a través de su relato que realiza cierto tipo de acciones que rayan en la insensibilidad como, por ejemplo, apalea los cadáveres, para poder saber lo que a éstos les sucede cuando son golpeados después de que la muerte ha sido producida. Además, la impresión primera que tenemos es la de una persona arrogante, fría e incluso cínica, que es poco amable con su propio compañero de apartamento, que es sumamente cortante en sus respuestas y que, para colmo, hasta se niega conscientemente el sentimiento del amor.

Una lectura un poco más cuidadosa de los relatos de Holmes nos revelan, sin embargo, a un ser profundamente sensible, no sólo a los detalles más significativos de los enigmas que se ofrecen para su solución, sino incluso a los sentimientos y necesidades de las personas que se confían a él. Lo que ocurre es que se trata de una sensibilidad peculiar, una sensibilidad que tiene como característica básica precisamente el reaccionar con cierta frialdad ante los acontecimientos y el no dejarse nunca desbordar por ellos. Ser “frío”, diría yo, es una forma de ser sensible que no es ni mejor ni peor que otras, y que, para el caso de Holmes, se ajusta perfectamente con los rasgos propios de su personalidad y con las exigencias de

su oficio. Hay muchas personas con las que tratamos diariamente que son frías en sus reacciones, y, sin embargo, son muestras permanentes de solidaridad y compromiso con los otros; no se deshacen en muestras de afecto, pero son efectivas a la hora de comprometerse con las necesidades de los demás. Son efectivas, más que afectivas. Una persona de tal estilo es Sherlock Holmes. Frialdad no es, pues, necesariamente sinónimo de insensibilidad.

La sensibilidad de Holmes, y el modo en que la cultiva, no hay que buscarla, entonces, en sus manifestaciones o gestos de cariño, los que, por otra parte, tampoco faltan, no sólo hacia su único y especial amigo, Watson, sino hacia los clientes –especialmente las mujeres, con las que desarrolla un trato delicado y fino– que se presentan a su consulta en Baker Street. La sensibilidad de Holmes es de otro tipo. Podremos rastrearla mejor si atendemos, en primer lugar, a sus dotes artísticas, y especialmente al modo como ejecuta el violín y a la tremenda pasión que tiene por los conciertos musicales.

En más de una ocasión, y muchas veces en medio de las investigaciones criminales más complicadas, Holmes abandona su vida activa y se entrega a la contemplación musical. “Escapemos de este fatigoso mundo de la rutina diaria por la puerta lateral de la música”<sup>23</sup>, le dice en una ocasión a Watson, después de reconocer que hay algunas dificultades en el caso que examina, pero que muy probablemente esas dificultades sólo están en su imaginación. El gusto de Holmes por la música, sus dotes de intérprete y compositor, son señalados por Watson en varios de sus relatos. Conviene señalar, sin embargo, que esa “vena musical” de Holmes no es una forma de “escapar del mundo” (aunque, ciertamente, usa esa imagen en el texto que acabamos de citar), sino, en muchas ocasiones, una forma de adentrarse aún con mayor fuerza en la solución de los problemas que examina. Watson se pregunta en más de una ocasión si la música le ayuda a pensar, y aunque nunca nos ofrece una respuesta concluyente sobre el punto, podemos nosotros imaginar que sí. Por un lado, la música ciertamente reflejaba el estado de sus pensamientos, como lo reconoce el propio Watson; y, por la otra, era precisamente en los momentos en que se entregaba a la contemplación musical en que sus facultades intelectuales parecían volverse más agudas, como nos lo enseña Watson en un bello pasaje de *La liga de los pelirrojos*:

– Y ahora, doctor, una vez realizado nuestro trabajo, ha llegado el momento de que nos recreemos un poco. Un bocadillo y una taza de café, y después al mundo del violín, donde todo es dulzura, delicadeza y armonía, y donde no hay clientes pelirrojos que nos exasperen con sus chismorreos.

Mi amigo era un melómano; no sólo un ejecutante muy dotado, sino además un compositor de mérito nada ordinario. Pasó la tarde sentado en su sillón del patio de butacas envuelto en un aura de la más perfecta felicidad. Sus dedos, largos y delgados, se movían al compás de la música, mientras su amable sonrisa y sus ojos lánguidos y soñadores eran, en aquel momento, lo más diferente que fuese posible concebir de los de Holmes el sabueso, Holmes el incansable, Holmes el ingenioso y enérgico luchador contra el crimen.

En su carácter singular, una naturaleza dual se imponía alternativamente. Su exactitud y su astucia extremas representaban, como tan a menudo he pensado, la reacción contra el talante poético y contemplativo que ocasionalmente predominaba en él. El vuelco de su naturaleza le llevaba de una

23 *La aventura del fabricante de colores retirado*, en *El archivo de Sherlock Holmes*, p. 369.

languidez extrema a una energía devoradora y, como bien sabía yo, en realidad nunca era tan formidable como aquellas veces en que, durante días seguidos, haraganeaba en su butaca entre sus improvisaciones y sus libros en letra gótica. Era entonces cuando de pronto se apoderaba de él el afán de la caza y su brillante facultad razonadora ascendía al nivel de la intuición, hasta el punto de que aquellos que no estaban familiarizados con sus métodos buscaban apoyo en él como en un hombre cuyos conocimientos no fueran los de los demás de los mortales. Cuando le vi aquella tarde tan embelesado con la música en el Saint James's Hall, pensé que les esperaban muy malos momentos a quienes él se disponía a dar caza<sup>24</sup>.

En pasajes como éste, de los que, por cierto, podemos encontrar muchos en las crónicas de Watson, se nos revela un aspecto central de la personalidad de Holmes: su temperamento artístico. Aunque los demás ven en Holmes sobre todo a un gran razonador, a un investigador habilidoso, Holmes se define a sí mismo y explica sus peculiares dotes como las de un artista. Al comienzo de *El intérprete griego*, y después de que Watson nos ha contado de que a menudo ve a su amigo como “un cerebro sin corazón, tan deficiente en afecto humano como más que eminente en inteligencia”, empieza a conversar con Watson sobre el origen de ciertas aptitudes en los individuos. Watson sugiere entonces que las habilidades de su compañero para la observación y la deducción son el resultado de un entrenamiento sistemático, a lo que Holmes responde en tono pensativo:

– Hasta cierto punto. Mis antepasados eran terratenientes rurales que al parecer llevaron más o menos la misma vida, como es natural en su clase. Sin embargo, mi tendencia en este sentido está en mis venas y tal vez proceda de mi abuela, que era la hermana de Vernet, el famoso artista francés. El arte en la sangre adopta las formas más extrañas<sup>25</sup>.

Sorprende, sin duda, esta declaración de Holmes, pues, aunque ya había dicho querer elevar su profesión a la categoría de un arte, resulta, para quien lo ha visto, con lógica fría y despreocupada, resolver los casos criminales más intrincados, algo extraño que defina sus dotes intelectuales como el resultado de dotes artísticas naturales. Para colmo, Holmes ofrece una prueba contundente de su tesis con la presentación de su hermano, quien posee incluso dotes superiores a las de él en tanto se trata de hacer observaciones certeras y derivar de ellas conclusiones necesarias.

Creo, sin embargo, que no resulta exagerado definir a Holmes, como él mismo pretende, como un artista. Pero se trata, sin duda, de un artista peculiar, que rompe con todos los estereotipos que de éste tenemos en el mundo contemporáneo. Diría yo que es “un artista del pensamiento” que ha elevado su práctica investigativa al plano de una ciencia y que, para ello, ha tenido que formar una particular sensibilidad. Dicha sensibilidad ya la hemos visto operar en ámbitos como la música o su peculiar forma de ejecutar el violín, y podríamos rastrearla también a partir de una serie de detalles singulares que nos va contando Watson a medida que se desarrollan sus relatos: su trato caballeroso con las damas, su sensibilidad hacia la tragedia humana, sus “maneras apacibles y costumbres regulares”, que

24 *La liga de los pelirrojos*, en *Aventuras de Sherlock Holmes*, p. 46.

25 *El intérprete griego*, en *Más aventuras de Sherlock Holmes*, p. 316.

hacen de él una persona con la que se puede convivir, su capacidad para la observación de finísimos detalles, o hasta su reconocimiento del valor de la intuición en la solución de los problemas que investiga.

La sensibilidad de Holmes hay que buscarla, sin embargo, a un nivel todavía más básico: el de la educación de los sentidos. Su sensibilidad está “a flor de piel”, pues pone un cuidado especial en que sus sentidos se refinen y adquieran toda la sutileza que se requiere para las distintas tareas que emprende. En más de una ocasión Watson nos hace saber que sus ojos están entrenados para ver lo que otros no ven, o sus oídos para percibir ciertos sonidos muy sutiles que, para el oído normal de los demás hombres, resultan imperceptibles. Sus manos estaban dotadas de una delicadeza de tacto extraordinaria, y, puesto que sabe de antemano que nuestro olfato es infinitamente menos poderoso que el de otros animales, se vale de un sabueso cuando tiene que seguir el rastro de un olor. Holmes está convencido –y seguramente estaría de acuerdo con Rousseau en el texto que citaremos a continuación– de que la adecuada formación de nuestros sentidos es ingrediente esencial de la buena formación de nuestra razón.

En tanto que sus órganos delicados y flexibles pueden ajustarse a los cuerpos sobre los que deben actuar, en tanto que sus sentidos puros aún queden exentos de ilusión, se está a tiempo de ejercitar los unos y los otros para las funciones que les son propias; se está a tiempo de enseñar a conocer las relaciones sensibles que tienen las cosas con nosotros. Como todo cuanto penetra en el entendimiento humano viene por los sentidos, la primera razón del hombre es una razón sensitiva; es la que sirve de base a la razón intelectual: nuestros primeros profesores de filosofía son nuestros pies, nuestras manos, nuestros ojos. Sustituir con libros todo esto no es enseñarnos a razonar, es enseñarnos a servir de la razón de los demás; es enseñarnos a creer mucho, y a no saber nunca nada.

Para cultivar un arte, es necesario empezar por procurarse los instrumentos indispensables; para poder emplear útilmente estos instrumentos, es preciso hacerlos bastante sólidos para resistir a su uso. Para aprender a pensar, es preciso, pues, ejercitar nuestros miembros, nuestros sentidos, nuestros órganos, que son los instrumentos de nuestra inteligencia; y para obtener todo el partido posible de estos instrumentos, es necesario que el cuerpo, que los facilita, sea robusto y sano. De este modo, lejos de que la verdadera razón del hombre se forme independientemente del cuerpo, es la buena constitución de éste la que hace fáciles y seguras las operaciones del espíritu<sup>26</sup>.

La sensibilidad de Holmes no es, entonces, una sensibilidad cualquiera; es, diría yo, una sensibilidad entrenada para el trabajo investigativo. Ello explica por qué no se deja conmover fácilmente por las cosas que se conmueve el hombre común. No es que no resulte sensible a la tragedia humana, pues lo es en gran medida, sino que reacciona ante las cosas que pueden herir su fina sensibilidad poniendo un cierto grado de distancia, precisamente aquella “distancia reflexiva” que es necesario poner para comprender mejor los sentimientos y necesidades de las personas. En cambio, posee una finísima sensibilidad para los detalles más pequeños, para aquellos que hacen singular a una persona (se fija en los puños de las mangas de sus clientes, en la forma de sus manos, en los rastros de sufrimiento que hay en su rostro, o, también, en la arrogancia que se refleja en ciertos caracteres).

26 ROUSSEAU, Jean-Jacques: *Emilio o de la educación*, México, EDAF, 1981, p. 140.

Y se admira, se admira profundamente, con esa admiración que está en el origen mismo del filosofar, ante los sucesos naturales más significativos, como los movimientos que forman el vuelo de las abejas o las reacciones de ira de los perros; o ante acontecimientos culturales de honda trascendencia histórica, como los documentos antiguos, los restos arqueológicos o hasta los escritos de los poetas. Su sensibilidad es una sensibilidad poderosa y refinada, pero modulada para el trabajo lógico y los estudios de detalle, más que para la reacción sentimental. Es un hombre altamente sensible, pero su sensibilidad está al mismo tiempo controlada por el ejercicio mental y la actividad práctica. Tal vez podamos encontrar en él un modelo valioso de lo que es una sensibilidad educada que pueda ofrecerse como un modelo alternativo a nuestras formas convencionales de “ser sensible”, a menudo acartonadas en nombre de sentimientos sublimes como la ternura y el amor. Ojalá nuestra sensibilidad, como la de Holmes, fuera el resultado de vincular y poner en permanente relación el trabajo manual, la actividad artística y el trabajo del pensamiento. Una nueva sensibilidad es uno de los elementos centrales de una nueva conciencia ética, asunto del que, siguiendo nuevamente a Holmes, nos ocuparemos a continuación.

## 5. Algunos apuntes sobre la ética sherlockiana

Cuando hemos insistido, en el punto anterior, en que Sherlock Holmes es una persona sensible, seguramente hemos puesto mucho más el acento en su capacidad para captar ciertos detalles significativos en las cosas a partir de los cuales es capaz de construir poderosas hipótesis ordenadas a la explicación de los hechos misteriosos que se someten a su escrutinio. La sensibilidad de Holmes es, sin embargo, más amplia, no sólo por su talante poético y contemplativo o por su capacidad para situarse en la perspectiva de otros y comprender sus motivos e intenciones, sino por la forma como se sensibiliza ante la tragedia humana.

En algunos de sus casos, y especialmente en uno, *La inquilina del velo*, actúa, más que como investigador, como un confidente o consejero, como alguien en quien una persona (una mujer que, a causa de un “accidente”, que en realidad es fruto de una acción premeditada, es víctima de un león enfurecido que se le come una parte de su rostro) deposita su confianza y lo hace partícipe de su tragedia. Aquí lo destacable no es la investigación que realiza Holmes (aunque, efectivamente, recoge algunas informaciones que ya poseía y las completa con el relato que la hará la señora Ronder), sino su actitud ante la tragedia humana. Cuando llega ante la señora en cuestión, que tiene cubierto su rostro con un gran velo, se da el siguiente diálogo, en el que conviene detenerse un poco:

- \_ Mister Holmes, usted ya conoce mi nombre –explicó–. Pensé que bastaría para que viniese.
- \_ Así es, señora, aunque no acabo de comprender cómo sabe usted que yo estuve interesado en el caso suyo.
- \_ Lo supe, cuando, recobrada ya mi salud, fui interrogada por el detective del condado, mister Edmunds. Pero yo le mentí. Quizás habría sido más prudente decirle la verdad.
- \_ Por lo general, decir la verdad suele ser lo más prudente. ¿Y por qué mintió usted?
- \_ Porque de ello dependía la suerte de otra persona. Es un ser indigno por demás. Yo lo sabía, pero no quise que su destrucción recayese sobre mi conciencia. ¡Habíamos vivido tan cerca, tan cerca!
- \_ ¿Ha desaparecido ya ese impedimento?

- \_ Sí, señor. La persona a la que aludo ha muerto.
- \_ ¿Por qué, entonces, no le cuenta usted ahora a la policía todo lo que sabe?
- \_ Porque hay que pensar también en otra persona. Esa otra persona soy yo. Sería incapaz de aguantar el escándalo y la publicidad que acarrearía el que la policía tomase en sus manos el asunto. No es mucho lo que me queda de vida, pero deseo morir sin ser molestada. Sin embargo, deseaba dar con una persona de buen criterio a la que poder confiar mi terrible historia, de modo que, cuando yo muera, pueda ser comprendido cuanto ocurrió.
- \_ Eso es un elogio que usted me hace, señora. Pero soy, además, una persona que tiene el sentimiento de su responsabilidad. No le prometo que, después de que usted haya hablado, no me crea en el deber de poner su caso en conocimiento de la policía.
- Creo que no lo hará usted, mister Holmes. Conozco demasiado bien su carácter y sus métodos, porque vengo siguiendo su labor desde hace varios años<sup>27</sup>.

Creo que este pasaje, y en general todo el relato de que hace parte, es una de las más claras muestras de la sabiduría ética de Holmes. Quisiera, pues, destacar en él algunos aspectos que me parecen fundamentales. En primer lugar, y aunque suele ser un hombre práctico, que no entra a hacer consideraciones morales en donde no resultan relevantes, en esta situación Holmes se presenta como un hombre que a la vez es una persona de buen criterio y un sujeto responsable, alguien que, aunque intenta comprender la situación moral en su conjunto y toma en cuenta las diversas facetas que la situación contiene (circunstancias, motivos, consecuencias, intenciones, razones que justifican la acción), no deja de tener en cuenta principios y máximas generales de acción, a las cuales un hombre de buen juicio, como él pretende serlo, no puede renunciar en ninguna ocasión. Es así como, aunque pone de presente la máxima general de que “por lo general lo más prudente es decir la verdad”, indaga por los motivos que pudiesen justificar que, en una determinada circunstancia, alguien haya creído conveniente decir una mentira. No juzga y no condena sin escuchar previamente motivos y razones, pero tampoco justifica sin más las acciones de una persona en términos de una ética relativista.

Aunque, al final del caso, y después de escuchar el conjunto de su historia, Holmes no pone su caso en manos de la policía, no deja, sin embargo, de advertir que se reserva su derecho a juzgar. Comprende la situación en la que la persona vive hoy en día y las razones que lo llevaron a emprender una acción criminal, pero tiene claro que a él no le corresponde condenarla o absolverla. Ello no le impide, sin embargo, que, como persona que tiene un sentimiento de la responsabilidad que adquiere cuando alguien se confía a él, no puede ser sin más el encubridor de un crimen. La tragedia que acompaña, de otra parte, el caso de la señora Ronder no deja de conmoverlo, y cuando ha escuchado el final de su historia no puede más que exclamar: “¡Pobre muchacha! ¡Pobre muchacha! Los manejos del destino son, en verdad, difíciles de comprender. Si no existe alguna compensación en el más allá, entonces el mundo no es sino una broma cruel”<sup>28</sup>.

La inmensa sensibilidad de Holmes ante el drama de la señora Ronder no le impide, sin embargo, entrar en consideraciones morales de más alto contenido sobre el sentido del

<sup>27</sup> *La aventura de la inquilina del velo*, en *El archivo de Sherlock Holmes*, pp. 339-340.

<sup>28</sup> *Ibidem*, pp. 342-343.

destino y sobre el posible valor de nuestra existencia en el mundo, e incluso sobre el sentido del sufrimiento y sobre el derecho que tiene cada persona a disponer de su propia vida. Cuando ya se va a retirar del apartamento de la señora Ronder logra percibir, por algún pequeño detalle que a Watson le pasó desapercibido, que ella ha tomado ya la decisión firme de acabar con su vida:

Nos habíamos puesto en pie para retirarnos, pero algo observó Holmes en la voz de la mujer que atrajo su atención. Volvióse rápidamente hacia ella.  
– Su vida no le pertenece –le dijo–. No atente contra ella.  
– ¿Qué utilidad tiene para nadie?  
– ¿Qué sabe usted? El sufrir con paciencia constituye por sí mismo la más preciosa de las lecciones que se pueden dar a un mundo impaciente<sup>29</sup>.

Ante esta respuesta de Holmes, la señora Ronder se levantó el velo que cubría su rostro y le mostró la monstruosa cara que tras él se ocultaba. Nos cuenta Watson que, cuando esto sucedió, Holmes levantó las manos en señal a la vez de compasión y de protesta. La señora Ronder, unos días después, le envió a Holmes por el correo la botella de ácido prúsico con que pensaba suicidarse, con una nota que decía: “Le envié a usted mi tentación. Seguiré su consejo”.

Me fascina este pasaje, puesto que ofrece una dimensión de Holmes que no siempre es fácil ver en otros relatos de nuestro detective: su capacidad para obrar guiado por principios y máximas morales que pueden pretender tener un valor universal, y porque incluso me recuerda un ejemplo semejante, citado por Kant en su *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*, con el fin de mostrar que el valor moral de una acción depende sobre todo, no de la utilidad que de ella se sigue sino de las máximas morales que la inspiran. Holmes se comporta aquí como un sujeto moral que sabe que cada acto de nuestra vida resulta ejemplar, que el valor moral de las acciones no necesariamente depende de su valor instrumental y que respecto de su posible utilidad nada sabemos. El sufrimiento humano tal vez no sea tan inútil, tal vez pueda tener algún sentido, tal vez pueda resultar incluso ejemplar en un mundo que no sólo es impaciente sino que, en nombre de evitar a toda costa el sufrimiento, termina por vivir una vida despojada de sentido.

Contrasta, de otra parte, el modo como una actitud moral tan firme como ésta se combina en Holmes con cierta tendencia a resolver los muchos dilemas que se le presentan con un sentido fundamentalmente práctico, pragmático incluso. Casi siempre Holmes juzga el valor de una acción posible en términos de las consecuencias que de ella se seguirían. No deja, sin embargo, aquí de remitirse a un principio universal, e incluso a una convicción sobre el carácter sagrado e inviolable de la vida: “Su vida no le pertenece –le dice a la señora Ronder–. No atente contra ella”. Tanto el contraste como la forma en que podrían ser armonizadas una ética de principios y máximas universalizables, como la de Kant, con una ética centrada en el juicio de las situaciones morales a la luz de criterios válidos y relevantes, como la aristotélica o la utilitarista, encontraría en el modo como aborda Sherlock

29 *Ibidem*, p. 343.

Holmes sus propios dilemas morales un modelo interesante que sería justo examinar con mayor profundidad.

La apelación por parte de Holmes a la idea de que la vida constituye un valor en sí mismo, y que es algo que no nos pertenece, puede sonar en cierto modo a una convicción abstracta idealizada por parte de una persona que desconoce la tendencia existente en la naturaleza a la lucha, la selección natural e incluso la discriminación e imposición del más fuerte. No es, sin embargo, así. Holmes conoce los límites de la naturaleza humana y los límites que la propia naturaleza impone a nuestra condición mortal. “¡Qué pequeños nos sentimos –le dice a Watson en *El signo de los cuatro*–, con nuestras minúsculas ambiciones y empeños, en presencia de las grandes fuerzas elementales de la Naturaleza! (...) la prueba mayor de la auténtica grandeza del hombre está en su capacidad de percibir su propia pequeñez”<sup>30</sup>. La ética sherlockiana parte, entonces, del reconocimiento primigenio de nuestra propia finitud. El hombre que desconoce los límites de su acción, y que no es capaz de aceptar con altura moral sus propios límites naturales, es casi siempre el que arruina su vida pretendiendo vencer unos límites infranqueables.

El caso de *El hombre que reptaba* nos ofrece, por otra parte, una ilustración interesante de estas convicciones. Allí, el profesor Presbury, un anciano emérito que se ha prometido en matrimonio con una jovencita, se ha ido a un país del Este a buscar “el elixir de la eterna juventud”. La droga que ha consumido, sin embargo, produce en él una serie de efectos colaterales, causándole reacciones semejantes a las de un primate del Himalaya. El dantesco espectáculo de un hombre que se arrastra por el suelo en busca de la juventud eterna lleva a Holmes a reflexionar sobre los funestos resultados que se generan cuando queremos sobrepasar los límites que la naturaleza nos impone y sobre la importancia de cultivar valores espirituales que estén por encima de los valores mundanos que con frecuencia los hombres prefieren cultivar. Dice Holmes:

Quando se intenta sobreponerse a la naturaleza, se corre el riesgo de caer por debajo de ella. El más elevado tipo de hombre puede retroceder hasta el puro animal si se aparta del recto sendero de su destino.

(...) Piense, Watson, en que los hombres materialistas, los sensuales, los mundanos, querrían todos prolongar sus indignas vidas. Los espirituales, en cambio, no esquivarían la llamada a algo más elevado. Sería la supervivencia de los menos aptos. ¿En qué clase de pozo negro se convertiría nuestro mundo?<sup>31</sup>.

El destino del mundo, y no sólo el destino de cada existencia personal son objeto de la preocupación de Holmes. En su juicio no se limita, pues, a considerar en términos de ventajas inmediatas lo que una persona hace o debería hacer, sino que considera el conjunto de la acción y el tipo de mundo que con dichas acciones se construyen.

He presentado hasta aquí dos relatos en los que es posible apreciar con cierta fuerza la capacidad de juicio ético que tiene Holmes. Esto, por supuesto, se puede apreciar a lo

30 *El signo de los cuatro*, pp. 253-254.

31 *La aventura del hombre que reptaba*, en *El archivo de Sherlock Holmes*, p. 310.

largo de todos los demás relatos policíacos de Conan Doyle. En muchos de ellos Holmes no duda en hacer ciertos juicios morales de descalificación categórica de actitudes humanas que considera repudiables, como el chantaje (en *Charles Augustus Milverton*), la arrogancia que produce en los hombres la posesión de bienes materiales (en *El problema del puente de Thor*) o la tendencia a manipular y burlarse de los sentimientos de otras personas en busca de nuestro propio beneficio (en *Un caso de identidad*). En otros, por el contrario, se muestra condescendiente con la tragedia humana y hasta hace el esfuerzo por comprender los motivos que inspiran, y en algunos casos hasta justifica, la comisión de un delito; allí Holmes no sólo incluso deja escapar al criminal a quien le ha costado un gran esfuerzo capturar, sino que se apiada de él y reconoce que en sus circunstancias, y movido por sentimientos semejantes a los suyos, habría actuado de una forma parecida<sup>32</sup>.

Mucho más interesantes, desde un punto de vista ético, son los casos en los cuales Holmes se ve obligado a realizar un proceso explícito de deliberación moral e incluso decide emprender acciones que se encuentran no sólo al margen de la ley, sino en abierta oposición a ella. Nuestro detective comete delitos. No sólo uno, sino muchos (favorecimiento, receptación, tentativa, violación de domicilio, hurto simple, hurto calificado, etc.; y algunos de tales delitos vienen acompañados, además de circunstancias de agravación punitiva, como el uso de disfraces, la simulación, la complicidad o la premeditación<sup>33</sup>). Lo paradójico es que todos estos delitos tienen para Holmes una evidente justificación moral.

Sé que, para muchos, proponer como modelo de acción moral a alguien que en repetidas ocasiones viola la ley puede resultar absolutamente contradictorio. Sin embargo, son precisamente los hombres de mayor altura moral los que se atreven a tanto, las personas que están dispuestas a rebelarse incluso contra la ley de su tiempo, los que encarnan los ideales más altos de humanidad. La desobediencia civil, esto es, el cuestionamiento y violación de la ley por motivos morales que están por encima de ella, ha distinguido precisamente a hombres de elevada moral, como Jesús de Nazaret, Mahatma Gandhi o Martin Luther King, por citar sólo unos ejemplos. Esta primacía de lo moralmente correcto sobre lo legalmente instituido, por otra parte, es algo en lo que filósofos de todas las épocas han coincidido.

Esta violación de la ley por razones morales puede verse especialmente en el caso del chantajista *Charles Augustus Milverton*. Este hombre, el ser más despreciable del mundo para Holmes, se dedica a extorsionar a las personas del alto mundo social londinense bajo la amenaza de que publicará documentos que los comprometen, y sólo entrega las pruebas

32 Lo que acabo de señalar se puede ver muy claramente al final de dos casos que recomiendo examinar al lector: *El carbunclo azul* y *La aventura del pie del diablo*.

33 Me refiero aquí sólo a algunos de los delitos de Holmes, pues ciertamente hay más en los relatos de Conan Doyle. Doy a dichos delitos el nombre que tienen en el Código Penal Colombiano. En la identificación de estos delitos he contado con la ayuda de Camilo Martínez, alumno de la Licenciatura en Filosofía de la Universidad Javeriana y quien ha realizado también estudios de Derecho. Según su cálculo, los delitos cometidos por Holmes, si fuera juzgado en un tribunal de nuestro país, le darían para por lo menos 60 años de cárcel.

testimoniales a cambio de gruesas sumas de dinero. Cuando Holmes intenta negociar con él, éste se resiste a toda posibilidad de entendimiento. Ante la imposibilidad de convencerlo, Holmes decide entrar a robar en su casa. Cuando se lo comunica a Watson, éste lo invita a que lo medite un poco más a fondo:

— Mi querido compañero, lo he meditado desde todo punto de vista. Yo no me precipito nunca en mis actos ni adoptaría un método tan enérgico, y al mismo tiempo tan peligroso, si hubiese otro posible. Examinemos el asunto con claridad y sin apasionamiento. Creo que reconocerá usted que se trata de una acción que se justifica moralmente, aunque sea técnicamente un delito (...).

Sopesé mentalmente la cuestión, y dije:

— En efecto, se justifica moralmente mientras no nos propongamos otra cosa que apoderarnos de elementos que él emplea con finalidades delictivas.

— En efecto, así es. Y, puesto que resulta moralmente justificable, ya sólo me queda por tomar en cuenta la cuestión del peligro personal. (...) Watson, se trata de un duelo deportivo entre ese Milverton y yo. Ha visto usted que en el primer encuentro ha sacado ventaja; pero mi amor propio y mi reputación me obligan a luchar hasta el fin<sup>34</sup>.

Los motivos morales que inspiran a Holmes en esta ocasión a tomar una decisión tan arriesgada y tan compleja son al menos de dos tipos. Por una parte, está el salvar a una mujer que se ha confiado a él del deshonor y del chantaje. Por el otro, siente que en este caso está en juego su reputación profesional, e incluso su dignidad personal. Alguien podría decir que se trata de motivos egoístas. Creo que no es así. Cuando uno defiende a otra persona con razones justas, e incluso cuando se defiende a sí mismo y lo que le resulta máspreciado, resulta difícil hablar de egoísmo. Quien lucha por su propia dignidad no lo hace de forma egoísta necesariamente, pues le asiste el derecho y el deber que, en primer lugar, tiene consigo mismo de proteger lo que ha construido y considera valioso. Un sentido de la justicia intrínseca al acto que va a emprender y un sentido de la dignidad personal son motivos fuertes que, bajo ciertas circunstancias, pueden llevar a un hombre a ponerse por fuera, y aún en contra, de la ley.

Podríamos, sin duda, seguir examinando aquí muchos temas y problemas éticos a partir de la inspiración que para ello nos ofrecen la personalidad y las acciones de Sherlock Holmes. Sobre lo que aquí he llamado “la ética sherlockiana” hay aún muchos puntos por examinar. Puesto que no puedo hacerlo aquí, me limitaré finalmente a ofrecer sólo una línea de indagación del problema.

A partir de los relatos sobre Sherlock Holmes, podríamos examinar por lo menos una triple dimensión de la ética. Hay implícito en estos textos una ética de la investigación, una ética profesional y una ética personal. Por *ética de la investigación* entiendo toda una serie de máximas y reglas, así como de compromisos éticos, que se siguen de la naturaleza misma del acto investigativo; asuntos como la confidencialidad en la investigación o los límites éticos de la experimentación con seres vivos podrían examinarse en la práctica investigativa de Holmes. Con el término *ética profesional* me refiero a las compromisos

34 *Charles Augustus Milverton*, en *Sherlock Holmes no ha muerto*, pp. 335-336.

éticos y a los códigos de conducta que pueden y deben regir una relación profesional, como la que establece Holmes con las personas que acuden a su consulta; Holmes respeta y protege la intimidad de su cliente, evita siempre comprometerse afectivamente con él y busca tratarlo en todo momento con toda la consideración que merece en cuanto persona; creo que aquí hay elementos valiosos que pueden ser objeto de reflexión ética en ciertas prácticas profesionales, especialmente en aquellas que tienen prácticas de consultoría o asesoría. Al referirme a la *ética personal* me interesa mostrar cómo, en muchos de sus actos, y, en general, en la forma como enfrenta la vida, Holmes es un modelo de persona digna de imitar, que, además de tener una filosofía de la vida, de ahondar en el significado de su existencia y de tener un profundo sentido de la justicia y de la dignidad personal, practica una serie de virtudes (como la veracidad, la generosidad, la valentía, la moderación o la amabilidad) que siempre deberían formar parte de una persona éticamente formada; la reflexión sobre el sentido y contenido de las virtudes, tan importante para la educación moral contemporánea, podría encontrar aquí luces que en ningún caso conviene despreciar.

Holmes vivió en la llamada Inglaterra victoriana, una época tremendamente marcada por la figura moral de la reina que le dio su nombre y, por ello mismo, de un marcado moralismo que influía sobre todos los aspectos de la vida cotidiana. Se trataba de una época llena de convencionalismos, como puede verse también a lo largo de las diversas crónicas de Watson. Holmes, siendo un victoriano, en todo el sentido de la palabra, no se dejó encerrar en tales convencionalismos, y aunque, como hombre de su tiempo, se atuvo a las costumbres de la época, nunca dejó, en cuestiones morales, de reflexionar por sí mismo, de poner en cuestión, e incluso criticar, la moralidad instituida cuando esta no se ajustaba a los principios de una vida razonable. Su actitud en cuestiones éticas, así como su modo de indagar los misterios sometidos a su consideración, podrán ser, hoy y siempre, una fuente de luz para los que aspiramos a alcanzar la sabiduría filosófica.

### III

Las reflexiones que he presentado en la segunda parte del presente ensayo son sólo una muestra de algunos de los problemas filosóficos que pueden ayudarnos a plantear mejor la lectura de los relatos policíacos de Conan Doyle. Hay muchas más cosas, sin embargo, que podrían examinarse a partir de dichos textos. El examen que he hecho con anterioridad, por otra parte, no es tampoco lo exhaustivo que podría y debería ser. Cada uno de los puntos señalados podría ser objeto de un ensayo propio. Los límites de espacio con que cuento me impiden desarrollarlos más a fondo.

Lo que quiero mostrar, sin embargo, es mucho más que lo anteriormente señalado. No sólo pretendo afirmar que en los relatos que tienen por protagonista a Sherlock Holmes podemos encontrar una fuente importante de problemas filosóficos. En lo que quiero insistir es en algo más: en el hecho de que la lectura de la literatura policíaca (y, de ella, sin duda, el modelo más acabado es precisamente éste de Holmes) resulta esencial en la formación filosófica de una persona, sea esta un niño, un adolescente o incluso un profesional adulto, pues desarrolla una serie de habilidades y aptitudes que son un excelente

complemento a una formación rigurosa del pensamiento, ya que ponen el énfasis en una serie de estrategias mentales (como la observación, las diversas formas de razonamiento, la intuición, etc.) que a menudo están ausentes de la formación filosófica.

Está, por otra parte, el problema del estilo, que no es un problema menor en filosofía, como lo destaca la filósofa norteamericana Martha Nussbaum en uno de los epígrafes del presente ensayo. Según ella, y en ello estoy plenamente de acuerdo, al texto filosófico tradicional, al ensayo, al tratado, suelen faltarles sorpresa, aventura; sólo en la medida en que aprendamos también a vertir la filosofía en moldes narrativos, dramáticos, estaremos en condiciones de ofrecerla a los niños y jóvenes como una auténtica aventura intelectual y afectiva con la que conviene comprometerse. En cuanto aprendamos a tratar con los textos filosóficos como textos en que “se nos va la vida” y como guías para la interpretación de nuestra existencia estaremos en capacidad de hacer de la filosofía lo que esta siempre ha querido ser desde su nacimiento en la antigua Grecia: un modo de vida, más que una ocupación profesional. Esta es una aventura, por cierto, en la que los niños y los jóvenes también podrán comprometerse. La filosofía, puesta en moldes narrativos y dramáticos, podrá llegar a ser entonces factor decisivo en la formación de una persona.

Lo que digo, sin embargo, no está basado exclusivamente en conjeturas, sino que es el resultado de una serie de experiencias tenidas, tanto con niños como con jóvenes y adultos, a partir de la lectura de los relatos sobre Sherlock Holmes. He tenido la ocasión de leer a Holmes con mi propio hijo desde aproximadamente los cinco años, y, aparte del gozo que significa su lectura, de la aventura intelectual en que participamos, he podido ver el modo como la lectura de estos relatos han ayudado en su desarrollo intelectual. Puesto que se ha tratado de una experiencia más bien informal, y no concebida en términos de una experiencia de pedagogía filosófica, no me dedicaré a describirla con mayor precisión. Aunque he tenido ocasión de conocer otras experiencias similares con otros niños, ya que se trata de algo que se ha hecho más por el gozo intrínseco que tiene la lectura de Holmes, y puesto que no obedece a ningún plan sistemático, prefiero por ahora no entrar a fondo en el asunto de la importancia de leer estos relatos policíacos con los niños.

Recientemente he tenido también la ocasión de leer y discutir estos textos con adultos profesionales de diversas áreas (médicos, psicólogos, ingenieros, educadores, periodistas, biólogos, abogados, etc.). Ha sido una experiencia interesante, en la medida en que, desde la perspectiva de prácticas profesionales diversas, la lectura de las crónicas de Watson adquiere una nueva perspectiva. Puesto que este trabajo se hizo teniendo en cuenta distintos intereses y diversos conocimientos profesionales, tuvimos ocasión de examinar asuntos que resultan sugerentes en los textos de Conan Doyle: el modo en que los métodos de Holmes se inspiran en las prácticas de observación y diagnóstico en medicina, la relación compleja que mantiene Holmes con la ley y la relación legalidad-moralidad, la relación pedagógica que establece Holmes con Watson, con sus clientes o incluso con los otros detectives, el vínculo que tienen los métodos de Holmes con los de las ciencias naturales, etc. Esta, sin embargo, es una experiencia subsidiaria de otra, mucho más sistemática, que he tenido ocasión de desarrollar con estudiantes de último semestre de la Carrera de

Filosofía y de la Licenciatura en Filosofía de la Universidad Javeriana. Me centraré, pues, en esta última, por ser la más organizada y productiva.

Se trata de un seminario que tiene por título “Sherlock Holmes: la pedagogía de la investigación”, y que tenía como fin básico el de buscar en los textos de Conan Doyle un modo de acceso a problemas filosóficos de diversa índole. Se trataba de ver, sobre todo, el modo como el proceder investigativo de Holmes nos ofrece un modelo complejo y altamente sugerente para abordar los problemas clásicos de la filosofía. Los textos de seminario eran los relatos escritos por Conan Doyle, acompañados por la lectura de otros textos complementarios de científicos y filósofos, entre los que destacaban la autobiografía de Charles Darwin y los ensayos que componen el libro *El signo de los tres*, compilado por Thomas Sebeok y Umberto Eco.

La noción articuladora de todo este trabajo fue precisamente la de investigación. Lo que se buscaba por medio de la lectura de estos relatos era precisamente invitar a los estudiantes de últimos semestres de filosofía a replantear, desde sí mismos y con la ayuda de los relatos, su propia manera de comprender el sentido y el proceso de la investigación, así como los fundamentos teóricos en que se fundaban dichas concepciones. Con el fin de facilitar una lectura ordenada de los relatos de Holmes, los organicé con base en cinco núcleos básicos, seleccionando para cada uno de dichos núcleos algunos relatos que ayudarán a repensar los problemas sugeridos para la discusión crítica. El esquema completo de los textos trabajados a lo largo de 16 sesiones de tres horas semanales de seminario lo presento en el cuadro que viene a continuación.

---

SEMINARIO: PEDAGOGÍA DE LA INVESTIGACIÓN (SHERLOCK HOLMES) - RELATOS  
CORRESPONDIENTES A LOS CINCO MÓDULOS

<p>Ejercicio introductorio: ¿Cómo trabajar con los relatos sobre Sherlock Holmes?</p> <ul style="list-style-type: none"> <li>· Estudio en escarlata (capítulos 1 y 2).</li> <li>· El signo de los cuatro (capítulo 1).</li> <li>· Brillo de plata.</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>· La finca de Copper Beeches.</li> <li>· El fabricante de colores retirado.</li> <li>· El detective agonizante.</li> <li>· Los bailarines.</li> <li>· El constructor de Norwood.</li> <li>· El carbunco azul.</li> </ul>
<p>Módulo 1: ¿Qué es investigar?</p> <ul style="list-style-type: none"> <li>· El “Gloria Scott”.</li> <li>· El ritual de los Musgrave.</li> <li>· Estudio en escarlata (del capítulo 3 en adelante).</li> <li>· La diadema de berilos.</li> <li>· El problema del puente de Thor.</li> <li>· Los planos del Bruce-Partington.</li> </ul>	<p>Módulo 3: La lógica de la investigación</p> <ul style="list-style-type: none"> <li>· La liga de los pelirrojos.</li> <li>· Un escándalo en Bohemia.</li> <li>· El paciente residente.</li> <li>· El hombre del labio retorcido.</li> <li>· El intérprete griego.</li> <li>· Los lentes de oro.</li> <li>· Un caso de identidad.</li> <li>· El solterón aristocrático.</li> <li>· Shoscombe Old Place.</li> <li>· El misterio del valle de Boscombe.</li> </ul>
<p>Módulo 2: La investigación: sentido y proceso</p> <ul style="list-style-type: none"> <li>· El signo de los cuatro (del capítulo 2 en adelante).</li> </ul>	

Módulo 4: Las herramientas de la investigación

- La caja de cartón.
- El círculo rojo.
- Las cinco semillas de naranja.
- Los hacendados de Reigate.
- El tratado naval.
- Los seis napoleones.
- El pie del diablo.

Módulo 5: La ética de la investigación

- La segunda mancha.
  - Los tres estudiantes.
  - Charles Augustus Milverton.
  - La inquilina del velo.
  - El problema final.
  - La casa vacía.
  - Su última reverencia en el escenario.
- 

Este seminario se realizó a lo largo de un semestre universitario. Sólo mencionaré, para terminar, algunas cosas muy generales sobre su método y sobre los resultados obtenidos.

La clave del trabajo realizado estuvo, creo yo, en dos aspectos básicos: la lectura sistemática y orientada por un interés teórico explícito de los relatos de Conan Doyle y la práctica permanente de la escritura por parte mía y de los alumnos de las reflexiones suscitadas por la lectura de los textos. Los relatos escogidos se fueron leyendo en el orden previsto en el cuadro anterior. La selección fue realizada teniendo en cuenta al mismo tiempo el desarrollo interno de la problemática a plantear y la elaboración de una estructura pedagógica adecuada que facilitara al mismo tiempo profundizar en el sentido filosófico de los relatos e ir perfeccionando el método de trabajo. Para ello contamos con dos estrategias básicas, que fueron el secreto en que radicó el éxito de la experiencia. En primer lugar, la elaboración por mi parte de unas *guías de lectura y reflexión*, que contenían, para cada uno de los relatos leídos, algunas pautas de exploración de los problemas filosóficos contenidos en ellos; dichas guías tenían una estructura muy sencilla: la identificación de un problema en el relato, un pequeño comentario sobre algún pasaje del relato, en donde se buscaba mostrar la relevancia filosófica del problema planteado y el modo como ello aparecía en las aventuras de Holmes y Watson, y una serie de preguntas que buscaban ayudar a replantearse personalmente cada uno de los problemas identificados (en algunos casos se agregaban también algunas actividades y ejercicios de diverso género para ayudar a complementar la exploración del problema). El otro elemento central del método fue *la práctica continuada de la escritura por parte de los alumnos*. A cambio de los habituales protocolos de los seminarios filosóficos, cada alumno se comprometió a escribir semanalmente un pequeño ensayo (de 2 ó 3 páginas) en el cual desarrollara un tema de su interés, casi siempre a partir de las sugerencias ofrecidas en las guías de lectura y reflexión. En algunos casos los alumnos seleccionaron, a medida que el seminario se iba desarrollando, algunos problemas filosóficos de su interés y los fueron siguiendo a lo largo de los relatos que examinábamos y discutíamos en cada sesión de tres horas de seminario los lunes en la mañana.

En términos de resultados son múltiples los ejemplos que podemos presentar. En primer lugar, el tremendo interés suscitado por el personaje y la experiencia de una lectura que resultó un complemento ideal de su formación profesional como filósofos. En segundo término, los trabajos mismos realizados por los estudiantes; aquí conviene destacar que,

aparte de los ensayos presentados semanalmente, todos los alumnos presentaron un trabajo final, que en algunos casos fue un ensayo sobre algún tema filosófico a partir de Holmes y en otros un cuento, cuyo personaje central era nuestro detective, en el cual reconstruían imaginativamente circunstancias de nuestra realidad nacional dándoles la estructura narrativa de un relato policiaco al mejor estilo de Conan Doyle. En tercer lugar, están todas las guías de lectura y reflexión escritas para el desarrollo del seminario (más de 300 páginas) con indicaciones que son de una gran ayuda para quien quiera encontrar en Holmes un punto de partida, concreto y profundo a la vez, para enfrentarse a los problemas filosóficos.

Una lección, sobre todo, me queda clara como maestro de filosofía: que el discurso racional, que la argumentación coherente, que el rigor filosófico, en nada pierden; más aún, que se ven altamente beneficiados cuando se complementan con las lecciones siempre sabias de la narrativa y la imaginación literaria. Los textos literarios nunca han sido ni podrán ser, para el filósofo, mero ornamento. Ya dijo Aristóteles en su *Poética* que el arte literario es “más filosófico” que la historia, pues, mientras esta última tiende sólo a mostrarnos lo que sucedió, las obras literarias nos hacen ver el mundo y la vida tal como podrían ser; y ello es lo que le interesa al filósofo por sobre todas las cosas. Lo que miramos en una obra literaria, cuando nos acercamos a ella con “ojos filosóficos” –nos sugiere Martha Nussbaum<sup>35</sup>– no es sólo su contenido como historia, sino los sentidos de la vida que están encarnados en sus formas, esto es, en el modo como los personajes sienten e imaginan, así como la textura de sus frases, la calidad de sus reflexiones o las estrategias mentales mediante las cuales enfrentan un problema o cuentan una historia. Tales son precisamente las cosas que juntos pudimos aprender con Holmes y con esas excelentes narraciones que Conan Doyle supo poner en su cronista por excelencia: el doctor Watson.

Creo que no puedo terminar de mejor forma esta ya larga disertación que recordando un pasaje en que la filósofa mencionada se refiere al inmenso valor que, para la construcción de nuestras vidas, tiene el acercamiento a los textos literarios:

(...) ciertas verdades sobre la vida humana sólo pueden afirmarse en forma justa y con precisión en el lenguaje y en las formas que son propias del artista narrador. Con respecto a ciertos elementos de la vida humana, los términos del arte del novelista son criaturas aladas alertas, capaces de percibir en donde los burdos términos del habla diaria o del discurso teórico abstracto son ciegos, con agudeza en donde los otros son obtusos, alados donde los otros son tediosos y pesados<sup>36</sup>.

Recibido 17/11/07. Aprobado 07/12/07

35 Cfr. NUSSBAUM, Martha: *Justicia poética. La imaginación literaria y la vida pública*, Barcelona, Edit. Andrés Bello, 1997, p. 28.

36 NUSSBAUM, Martha: “Introducción: forma y contenido, filosofía y literatura”, en *Estudios de Filosofía* N° 11, Medellín, Instituto de Filosofía Universidad de Antioquia, Febrero de 1995, p. 45.